

La sociología como disciplina

Paul J. DiMaggio

*Traducción, introducción y notas de
Víctor Hugo Martínez Escamilla**

INTRODUCCIÓN DEL TRADUCTOR

LA PRESENTE es una traducción del texto “Epilogue: Sociology as a Discipline”, escrito por Paul DiMaggio para el libro *Sociological Visions* editado por Kai Erikson y publicado en 1997 por la casa Rowman y Littlefield Publishers, Inc, de Boston, Massachusetts, EU y Oxford, Inglaterra (295 pp. en total). El libro logró reunir una verdadera pléyade de intelectuales norteamericanos de la talla de Neil J. Smelser, Alan Wolfe, Charles Tilly, Daniel Bell, Michael Katz, Gerald Holton, Robert K. Merton, Ira Katznelson y el mismo Paul DiMaggio.

En el prefacio, el editor de ese libro explica que en el otoño de 1991 era evidente que, aludiendo razones financieras, las autoridades de la Universidad de Yale pensaban eliminar el ya para entonces reducido Departamento de



* El traductor es Licenciado en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; Maestro en Estudios Africanos por El Colegio de México; Diplomado en Política Internacional por el Instituto Matías Romero y Doctor en Filosofía, especialidad en Desarrollo por la Universidad de Tulane, EU. Ha sido profesor invitado por las universidades B. Juárez de Oaxaca; Texas A&M en College Station, EU, de Nairobi en Kenya, África del Este, y de Tulane en Louisiana, EU, entre otras. Actualmente es profesor-investigador titular “C” del Departamento de Sociología de la UAM-Azcapotzalco, investigador nacional (sni-nivel I) y profesor invitado del Latin American Studies Program (LASP) de la Universidad de Iowa, EU. Todos los comentarios son bienvenidos en el correo electrónico vmartibt@avantel.net. Revisión técnica de la Mtra. Laura A. Moya López.

Sociología, o bien, amputarle la mitad de su personal. Con el tiempo supe que esa fue una tendencia general del momento, iniciada en las universidades de la aristocrática *Ivy League* y que se extendió rápidamente a toda Norteamérica. A este respecto, comenta el editor en el prefacio del libro que

Quando se les pide a los dirigentes universitarios que sondeen el paisaje académico en búsqueda de programas para eliminar, están siendo invitados a participar en algo muy parecido a un test psicológico—un proceso por el cual las inclinaciones subjetivas y las parcialidades son forzadas a salir a la superficie, disfrazando la acción con ropajes de política institucional. En momentos como esos, no siempre la sociología sale bien parada. Podremos no saber nunca exactamente cuáles reservas se expresaron en los debates contra nuestro campo de trabajo... Pero ellas, independientemente de la forma que hubieran adoptado, todavía circulan por todo Yale (y otras universidades) como circulan las corrientes subterráneas... Terminaron las cosas por no cambiar nada. La sociología en Yale probablemente está hoy más segura de lo que antes estuvo, y uno percibe un acuerdo general a lo largo y ancho del campus de que ninguna universidad moderna puede reclamar distinción o, incluso, un nivel mínimo de cobertura intelectual, sin hacer un firme compromiso con la disciplina. Esto mismo parece prevalecer en la mayoría de —aunque desgraciadamente no en todos— los entonces atribulados campora (Erikson, 1997).

Entre las acciones defensivas esgrimidas por los sociólogos de Yale y sus reacciones del momento, estuvo la organización de una conferencia de cinco días que llamaron “Perspectivas Sociológicas”, de donde sale el título del mencionado libro, mismo que recoge varios de los principales trabajos presentados en esa conferencia. El jefe del Departamento de Sociología de Yale era precisamente Kai Erikson, y entre sus académicos de renombre figuraba Paul DiMaggio. Erikson dice que los carteles que invitaban a la conferencia tenían una leyenda que decía:

La enseñanza de la sociología en los Estados Unidos comenzó en Yale hace ciento cincuenta años. Entonces, es particularmente apropiado que Yale sirva como anfitrión en una reunión de sociólogos y de unos pocos vecinos intelectuales para celebrar el lugar de la disciplina en el mundo de las ideas y en el mundo de los acontecimientos (Erikson, 1997).

Asistieron todos los arriba mencionados y muchos otros intelectuales reconocidos (el conjunto de “la sensibilidad sociológica”, según el organizador), más el senador Daniel P. Moynihan, de quien Erikson figurativamente dice que los anfitriones de la conferencia estaban listos para concederle el título de sociólogo honorario, quizá como para mostrar aprecio por la inusual sensibilidad y actuación del ilustrado político en hacer que se reconociera la importancia de la sociología para la toma de decisiones públicas, cosa que, por lo demás, ha sido un rasgo característico de la vida sociológica norteamericana desde Ward, Giddings, Ross, Sumner y Small, a fines del siglo XIX y principios del XX (Martínez, 1990a; 1990b). El participante más prominente de la conferencia fue Robert K. Merton, a quien se le pidió presentar la ponencia concluyente (que Merton tituló “De-Gendering ‘Man of Science’: The Genesis and Epicene Character of the Word *Scientist*” [Quitándole la connotación de género a ‘hombre de ciencia’: la génesis y el carácter epiceno de la palabra *científico*]) que —además de su hoy ya famoso ensayo autobiográfico “A Life of Learning” (Una vida de aprendizaje)— también se incluye en el libro del cual DiMaggio hizo el epílogo que aquí se presenta traducido al español. Comenta Erikson que tanto la conferencia como los eventos que la rodearon parecieron haber hecho que, en el momento, los sociólogos de Yale se hubieran vuelto reflexivos en un grado inusual acerca de la naturaleza de su vocación.

Diré que en algo me tocó vivir ese momento de la vida de las universidades norteamericanas tan incierto para los departamentos de sociología, ya que fue precisamente el otoño de 1991 cuando ingresé como estudiante de doctorado al departamento de Sociología de la Universidad de Tulane. A mi ingreso, en ese Departamento se vivían momentos similares a los descritos por Erikson para Yale: Sociología de Tulane, junto con el Departamento de Español y Portugués y otros, se encontraba “en la picota” presupuestal.

De entrada no dejaron de impresionarme varias cosas: primero, lo reducido del personal académico y administrativo del departamento, sobre todo comparándolo con los estándares de los nuestros en México. También me llamó la atención la comunicación intensa y el espíritu de colaboración entre sus miembros, sobre todo entre los académicos “jóvenes”, quienes se repartían las funciones administrativas para no dejarle todo “el fardo” al que a todas luces actuaba como si le hubiera tocado la desgracia de estar en el turno de “jefe”. De manera que la ad-

ministración de la universidad evidentemente estaba dejando la vida departamental en manos de sus académicos (no contrataba externos, como mucho se acostumbra en Estados Unidos), porque al parecer asumía que no habría nadie que tuviera mayor interés ni empujara más por la calidad del trabajo y la vida interna que ellos mismos. Nunca percibi el distanciamiento entre académicos y administración departamental tan típico hoy en otros lugares.

La comunicación se extendía a convivencias de cierta regularidad—cerveza y botanas baratas en parte compradas por el departamento y en parte aportadas por los asistentes—pero ante todo mucha plática entre estudiantes de grado y académicos en la casa de alguno de estos últimos. En esas ocasiones uno hacía el espacio para conocer el lado humano de las ocupaciones de sus profesores y compañeros, y ellos lo hacían para interesarse por lo de uno, aunque aquí y allá siempre surgían debates espontáneos sobre los últimos hechos de la vida pública norteamericana (los motines de los negros de Los Ángeles; el juicio Anita Hill vs. el juez Thomas; las secuelas de la guerra del Golfo Pérsico; la inminente inclusión de México en el TLC; el censo registrando el enorme adelgazamiento de las clases medias y el fin del “sueño americano”; el racismo televisivo anti-mexicano de Rush Limbaugh; la fallida política de “*don’t ask-don’t tell*” en el ejército; los experimentos de “reciclamiento” urbano de las *inner cities*, etc.).

Otra de las cosas que me llamaron la atención fue que todos los miembros del departamento se repartían copias de los productos que iban logrando de sus investigaciones, sin importar demasiado la fineza del “acabado”, copias que, por lo demás, todo mundo leía con cuidado y criticaba puntualmente, ya en seminarios “relámpago” organizados *ex-professo*, o aprovechando la primera oportunidad de estar reunidos por motivos académicos. Cuando alguien pasaba la copia de un trabajo escrito, era como si de pronto entre los convocados se reactivara una obligación de moral colectiva que hubiera estado momentáneamente en descanso, y empezaba la excitación. Nadie escondía lo que hacía; nadie temía a la crítica; nadie se callaba lo que pensaba; pero nadie se distanciaba de los demás debido a las críticas. Al contrario. A pesar de que varios de mis profesores eran académicos renombrados, nunca pontificaban ni se sentían intocables, y nunca “miraban desde arriba” a los demás, porque eran tan sujetos como todos a las (a veces hasta “sanguinarias”) críticas que de su trabajo hacíamos por igual

compañeros y estudiantes de grado. Uno –cualquiera– tenía el derecho de esperar el mismo trato al poner a discusión algún tópico. Pronto tocaría que Gonzalo Piñón (el otro mexicano del grupo) y yo viviéramos ese trance.

Jamás noté que la crítica empleara motivos ni estilos extra-académicos, sino que incluso muchas veces presencié el agradecimiento que el criticado expresaba de varias maneras por el hecho de que se le hubiera leído con cuidado. Y eso me pareció que reforzaba un sentido de comunidad que hacía mucho no veía y del cual fui quedando prendado mientras lo iba volviendo a hacer mío. Ahora pienso que es muy probable que el momento que entonces estaba viviendo la sociología académica en Estados Unidos tuvo mucho que ver con lo que yo percibí. Por extraño que parezca –y aunque después regresé a Tulane como profesor invitado y luego los he visitado con alguna regularidad– con pena diré que no he vuelto a encontrar el sentido de “compañeros de la brega” o de *camaradas trabajadores de la sociología* con que mis profesores de entonces se trataban entre sí y trataban de inculcarnos con sutileza a los estudiantes. No me resultó sencillo –ni creo que para nadie lo fue– descubrir la finísima línea que separaba la innegable solidaridad disciplinaria y su ejercicio en medio de una feroz e inducida competencia por la excelencia que también desconocía, pero que, a lo lejos, no hay duda de que –para la disciplina, el momento y el medio de que se trataba– esa era una forma honesta y conveniente de asumir trabajo y vocación.

Me parece que el trabajo que aquí se presenta es notable por el sentido autoreflexivo del que habla Erikson, además de que refleja de varias maneras tanto el multimencionado momento que vivía la sociología norteamericana a principios de los noventa como el estilo de arriesgar interpretaciones para provocar la reflexión colectiva, aunque estoy seguro de que al haberse publicado, ya pasó por todas las operaciones rutinarias de edición. Sin embargo –y a pesar de que no acostumbro a hacer traducciones– esas son las razones (más la seguridad de que el lector atento no podrá evitar pensar en lo que es hoy y ha venido siendo el ejercicio y la enseñanza de la sociología en nuestro medio) que he tomado en cuenta para creer que vale la pena presentar en español este trabajo.

Su autor, Paul DiMaggio, obtuvo el doctorado en sociología en la Universidad de Harvard y ahora es profesor titular del Departamento de Sociología y asociado de la Woodrow Wilson School, ambos en la

Universidad de Princeton. Ha recibido la beca y los fondos para investigación otorgados por el Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences y la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, respectivamente. También ha fungido como presidente de la Sección de Cultura de la American Sociological Association (ASA).

Es imposible mencionar completa su amplísima y variada obra, pero diré que es autor, editor y coeditor de varios libros sobre análisis organizacional y sociología cultural, estando entre los más conocidos el coeditado con Sharon Zukin: *Structures of Capital: The Social Organization of Economic Life* (1990), y el coeditado con Walter W. Powell: *The New Institutionalism in Organizational Analysis* (1991). También ha escrito muchos artículos sobre esos temas en revistas científicas, estando entre los más notables: "Structural analysis of organizational fields" (1986); "Cultural capital, educational attainment and marital selection" (1985), escrito en coautoría con John Mohr; y "The iron cage revisited: Institutional isomorphism and collective rationality in organizational fields" (1983), escrito en coautoría con Walter W. Powell.

No obstante, quizá sus escritos más famosos hayan sido publicados como capítulos de libros colectivos o colecciones de ensayos, entre ellos: "Nonprofit Organizations in the Production and Distribution of Culture" (Powell, 1987: 195-220); "Cultural Aspects of Economic Organization and Behavior" (Friedland y Robertson, 1990: 113-136); "Nadel's Paradox Revisited: Relational and Cultural Aspects of Organizational Structure" (Nohria y Eccles, 1993: 118-142); "Culture and Economy" (Smelser y Swedberg, 1994: 27-57) y, por supuesto, el texto que aquí se presenta traducido en mi versión semilibre.

Una advertencia necesaria para los estudiantes de sociología (para quienes se hizo esta traducción) sería el no dejarse llevar tan fácilmente por el estilo sencillo y hasta *dicharachero* de DiMaggio, al que por otra parte he tratado de ser lo más fiel. De hecho, el texto toca, si no todos, muchos de los puntos nodales de la discusión intradisciplinaria actual en los Estados Unidos. Por ello bien podría tomarse como especie de guía para profundizar sobre la historia actual de la sociología norteamericana. Ante la duda, sugiero remitirse a los textos y preguntar a sus profesores. Dedico esta traducción a la memoria del compañero Gonzalo Piñón, con quien incontables veces discutí sobre muchos de los puntos que aquí desarrolla el autor, y agradezco tanto a Paul DiMaggio como a Kai Erikson el interés mostrado por la publicación de

esta traducción y el apoyo que me brindaron para hacerla. Ojalá que disfruten la lectura y les resulte tan interesante como la he disfrutado yo y me lo ha parecido a mí.

La sociología como disciplina

Paul J. DiMaggio

La sociología fue fundada, o al menos le fue adjudicado un nombre, hace un siglo y medio por Augusto Comte, intelectual francés que la colocó en la cima de la jerarquía del conocimiento y creyó que serviría como una ciencia positiva de la moralidad y también como base para una nueva fe secular. Se supone que los sociólogos habrían de ser los sacerdotes de esta nueva fe (la “sociolatría”), y se ocuparían de diseñar los rituales religiosos y las instituciones para convencer a las masas de la rectitud de los principios morales que sus trabajos científicos revelarían. Comte, entonces, no solamente coronó a la sociología (o “física social”) como reina de las ciencias; también anticipó que los sociólogos habrían de ser los líderes de la coalición formada por los intelectuales y los industriales que, en un mundo más civilizado, habría de desplazar a los clérigos y a los generales como dirigentes.¹

¡Como han cambiado los tiempos! En la actualidad muy pocos creen que el positivismo pueda revelar verdades morales, y muchos sociólogos, como confirman los ensayos de este volumen, cuestionan la utilidad de al menos algunos de los principios del positivismo para la empresa misma de las ciencias sociales. Lejos de retirarse frente a la amenaza de cualquier monstruo secular, el clero renaciente de nuestros días ejerce hoy mucha más influencia política en los Estados Unidos de la que pudieran ejercer todos juntos los científicos sociales de cualquier disciplina.² El presupuesto del Departamento de Defensa excede el de la

¹ Gertrude Lenzer introdujo el término “sociólogo” [“sociologue”] aproximadamente al mismo tiempo que Whewell introdujo el término “científico” [“scientist”]. Como Robert Merton y Gerald Holton dicen (Lenzer, 1975: parte II) la función del neologismo de Whewell se relacionaba con la vocación de Mary Somerville por la unificación de las ciencias, una preocupación que también estaba en el centro de los escritos de Comte. ¿Será posible que John Stuart Mill, quien proporcionó un apoyo crítico a Comte en momentos difíciles de la carrera de éste, hubiera sido un lazo entre los dos esfuerzos por lograr la unificación científica, y entre los términos “sociólogo” y “científico” que emergió de tales esfuerzos?

² Después de revisar unas 75 áreas de política pública, Steven Brint (1994) concluyó que “la influencia de los expertos en la hechura de las políticas es de una especial importancia secundaria”.

National Science Foundation (NSF)³ en dos órdenes de magnitud. Incluso en las universidades, que parecería que son el dominio natural de la sociología, ésta es solamente una de entre las varias especialidades de las ciencias humanas –frecuentemente la peor dotada de personal y ocasionalmente la más asediada– que de conjunto compiten por recursos y reconocimiento en términos más o menos iguales con los grupos de las ciencias naturales y las humanidades.

A pesar de que la trayectoria de la sociología ha sido mucho menos singular de lo que predijo su fundador, la disciplina ha logrado mucho desde sus comienzos, arrojando luz sobre una gama de fenómenos que trasciende todos los límites de tiempo, espacio y contenido. Este volumen refleja esa diversidad de intereses –desde las revoluciones europeas hasta las familias norteamericanas contemporáneas– como también refleja la diversidad de opiniones incluidas en nuestro campo de trabajo. Vibra hoy la disciplina con la enorme energía intelectual que ha singularizado sus empeños por comprender las fuerzas que moldean la condición humana.

Las perspectivas de la sociología se ven mejores hoy que cuando Kai Erikson organizó la conferencia de la que este volumen toma el título. La mayoría de los departamentos que entonces estaban bajo fuego han resurgido, y pocas crisis han aparecido desde entonces, si es que hubiera algunas. La matrícula se ha incrementado (si pudiéramos adivinar a partir de los resultados de los exámenes estandarizados). Indudablemente que los cambios en las políticas estatales y federales enfrentan a las universidades con serios retos financieros; en consecuencia, la línea que separa a las *universidades de investigación* de las otras podría marcarse todavía más agudamente, y las instituciones que no puedan sostener su misión en cuanto a investigación, quizá tengan que fundir departamentos y reducir su oferta en muchas especialidades. Pero en tanto que universidades como Yale y Duke –que una vez cuestionaron el papel de la sociología– hoy se benefician de un renovado compromiso hacia la disciplina e, incluso, mientras aquellas otras dos que durante los ochenta eliminaron sus departamentos de sociología sigan tratando de reclutar por la puerta trasera a los representantes de la disciplina que echaron a patadas por la puerta del frente (la Universidad de Washington de St. Louis y la Universidad de Rochester), el papel de la sociología entre las disciplinas de las modernas universidades parece seguro.

³ La National Science Foundation es en Estados Unidos lo que en México sería el CONACYT en cuanto a apoyar y financiar proyectos de investigación [T.].

Sin embargo, la sociología sigue sufriendo de dudas internas, expresadas agudamente en el texto de Alan Wolfe, (Erikson, 1997: 31-56 “The two faces of social science” [T.]) y de retos externos. Ya Neil Smelser (Erikson, 1997: 17-29 “Sociology as a science, humanism and art” [T.]) hizo notar que tanto las dudas como los retos reflejan la curiosa mezcla de ciencia, humanidades y arte contenida en una disciplina que algunas veces parece –incluso ante los ojos de quienes la aman– que ha sido ensamblada por la iniciativa de un comité. Quizá porque los sociólogos han internalizado esas diversas percepciones es que son unos autocríticos congénitos, renuentes siempre a tomar por dadas incluso las convenciones de investigación [aparentemente] más pertinentes: aquellas que permiten a las disciplinas con paradigmas firmemente establecidos tomar eficientemente velocidad –aunque quizá de manera miope– por las principales autopistas de la ciencia. Consecuentemente, los autores de los ensayos de este volumen retan reflexivamente las mismas bases epistemológicas de su empresa: en su mayor parte no para cuestionar su valor, sino como parte de un incesante esfuerzo por sacarle filo a sus herramientas analíticas e incrementar el poder de sus consideraciones y explicaciones.

Uno encuentra en estos ensayos una sociología que es al mismo tiempo robusta y vulnerable. Los sociólogos nunca antes han entendido más acerca de la organización social humana; nunca antes se han aferrado con tanta fuerza a las cuestiones fundamentales de la explicación y de la causalidad, y nunca antes han desplegado con tanta catolicidad tan amplio espectro de métodos en busca del conocimiento. Sin embargo, muchos sociólogos están profundamente preocupados hoy por la incapacidad del campo para adoptar un significado simple de la que consideran que es su misión, no se diga un paradigma compartido; también muchos están frustrados por el hecho de que no son entendidos ni apreciados por el público (de la manera en que, por ejemplo, los historiadores sí lo son), y también saben que no son admirados por su manejo de los misterios que el público generalmente no puede entender (como en cambio saben que sí lo son los científicos de la física).

Las contribuciones de este volumen atienden estos y otros asuntos con extraordinaria claridad y agudeza, de manera que organizaré los pensamientos provocados por esos capítulos alrededor de un manajo de **Gs** que dan el marco de algunas de las cosas que caracterizan a los

sociólogos de fin de siglo como *generalistas*, *generalizantes* y *guardianes del bien general*.⁴

Mucho de la vitalidad de la sociología y muchas de sus dificultades pueden ser atribuibles –argumentaré– al hecho de que se trata de una ciencia *generalista* en un mundo especializado. A pesar de que el sueño de Comte acerca de que la física social pudiera unificar a las ciencias haya sido quimérico, sus herederos andan hoy detrás de muchos más tópicos en muchas más direcciones de lo que regularmente andan sus colegas de otras disciplinas. Este *generalismo* presenta tantos beneficios como costos.

Uno de los beneficios es que los sociólogos poseen una rica y compleja visión de la explicación, en última instancia debido a que estudian sujetos para los cuales resultan ser apropiados diferentes enfoques explicativos. Por ejemplo, algunos estudian tópicos que les hacen darse a la búsqueda científica precisamente para el acrecentamiento de generalizaciones interrelacionadas, mientras otros atienden cuestiones para las cuales el modelo de la ciencia natural sirve muy poco. Ensayos como los de Charles Tilly (Erikson, 1997: 67-81 “History and sociological imagining”[T.]) y de Viviana Zelizer (Erikson, 1997: 83-93 “The many enchantments of money”[T.]) demuestran que el antaño estéril debate entre *generalizantes* y *particularistas* ha madurado en un diálogo más productivo y menos polarizado.

La habilidad de las ciencias sociales para poner a trabajar los avances de conocimiento y de encontrar nuevas maneras de conocer, en mucho depende de que eso está fuera de su control. Muchos de los ensayos incluidos en este volumen enfocan elocuentemente el papel de los sociólogos en tanto que *guardianes del bien general*. La sociología –única disciplina que toma como tópicos centrales la desigualdad social y económica, el crimen y la desviación, así como la naturaleza de la comunidad– representa un activo [una ganancia, una ventaja] para la formulación de políticas públicas. Entre los años treinta y los setentas, la relevancia concedida a la sociología para las políticas le fue reductible porque representó la base desde la cual reclamar recursos públicos y obtener atención. Adelante, en la última sección de este trabajo, hago una consideración de las condiciones sociales y políticas que me parecen necesarias para que el mencionado papel sea viable y retribuyente.

⁴ En el original “...generalists, generalizers, and guardians of the general good” [T.].

LA SOCIOLOGÍA COMO DISCIPLINA *GENERALISTA*

La sociología es un campo generalista en varios sentidos. Primero, como Erikson hace notar en el prólogo, cubre un enorme territorio en cuanto a tópicos. Si eres sociólogo, el mundo es tu concha. Segundo, como dice Smelser, abarca un amplio espectro de perspectivas o enfoques, incluyendo aquellos que ordinariamente son asociados a las culturas de la ciencia y de las humanidades, lo que por otra parte conduce a diversas interpretaciones sobre el propósito de la empresa sociológica. Tercero, y en parte relacionado con lo anterior, los sociólogos emplean una amplia variedad de métodos de investigación, desde las varias formas de realizar la observación de campo, las entrevistas a profundidad y la búsqueda en archivos, hasta las simulaciones por computadora y la investigación a partir de encuestas. Además, una vez que recogen los datos, los sociólogos los someten a una multiplicidad de técnicas muy diferentes entre sí, como son la construcción de escalas multidimensionales, el análisis de mínimos cuadrados, los modelos dinámicos, el análisis de redes sociales (de numerosas clases), el análisis de secuencias, los modelos estocásticos y las tablas booleanas de verdad. Aunque esta nómina pueda parecer esotérica, esta tercera clase de diversidad es importante debido a que la metodología es el gimnasio de la teoría, el lugar en que las intuiciones amplias pero fofas se ejercitan hasta convertirse en el poderoso músculo del descubrimiento social, y detrás de esas técnicas yacen diferentes presupuestos teóricos, diferentes metáforas que sirven para pensar las conexiones entre los elementos que forman la vida social.

Aunque yo empleo el término “generalista” de manera muy suelta, los ecologistas lo usan de formas mucho más estrictas, denotando que el generalismo y el especialismo son estrategias alternativas que tienen importantes implicaciones para el destino de las especies (o de las formas organizacionales o, por extensión, del destino de las disciplinas científicas).⁵ Las formas generalistas hacen muchas cosas, de ahí que sean capaces de emplear muchos tipos de recursos para sostenerse. De ellas se dice que ocupan ‘nichos’ amplios. Las formas especialistas sólo hacen una o dos cosas y explotan un muy estrecho rango de recursos, pero lo hacen de manera muy eficiente. Los sociólogos, por ejemplo, reciben apoyos para investigación de la National Science Foundation (NSF), del

⁵ Aquí aprovecho la discusión sobre generalismo y especialismo de Hannan y Freeman (1990: cap. 5).

National Endowment for the Humanities (NEH) y de muchas fundaciones privadas, pero no reciben tanto de la NSF como reciben los astrónomos, por ejemplo, o tanto como reciben del NEH los especialistas dedicados a los estudios clásicos.

El que sea mejor (desde un punto de vista puramente material) ser generalista que ser especialista, es algo que depende del estado del mundo. En ambientes moderadamente fluctuantes a los generalistas por lo común les va mejor porque pueden acceder a recursos más variados. En ambientes agudamente fluctuantes las formas que están especializadas a nuevas condiciones llevarán ventaja sobre las generalistas, que son más lentas para adaptarse. (Aunque ¡claro que a los especialistas que no se adapten al nuevo ambiente les irá muy mal!). Si la NSF se fuera a expandir considerablemente, eso ayudaría mucho a los especialistas en astronomía y muy poco a los generalistas sociólogos. (A los investigadores dedicados a los tipos de trabajo que le gustan a la NSF les iría muy bien, pero otros permanecerían en las mismas condiciones). De igual manera, si la NSF fuera desaparecida, la astronomía podría caer en crisis, mientras que al menos algunos sociólogos serían capaces de llamar a la puerta de otras fuentes de financiamiento. Entonces, la mayor parte de las veces el generalismo en las disciplinas científicas tiende a moderar los altibajos de la fortuna.

Claro está que si los cambios son suficientemente drásticos, los generalistas pueden perder su margen de ventaja. Si fueran eliminados tanto los apoyos de la NSF como los del NEH (como de hecho lo establecía un presupuesto propuesto por la Cámara de Representantes en 1995), el generalismo de la sociología podría ser menos útil, lo mismo que pasó con los dinosaurios que, aunque estaban adaptados a una diversidad de climas, ello no representó ninguna ventaja una vez que los eventos naturales arruinaron simultáneamente casi todos los ambientes de la tierra (los paleontólogos todavía discuten interminablemente acerca de que si las causas definitivas fueron colisiones meteóricas, erupciones volcánicas o sequías, pero concuerdan en que algo ocurrió que hizo que *la tierra se estremeciera*). A pesar de que la eliminación de la NSF y del NEH podría herir más severamente a la sociología que a la economía (que tiene más fuentes de recursos privados para apoyo a la investigación) o que a la psicología (que, siendo ella misma también una disciplina generalista, tiene acceso a más fondos de investigación médica y militar), el generalismo de la sociología todavía podría sacarla de apuros, ya que los sociólogos podrían emplear más variedad de métodos

de investigación que no requieren de las grandes sumas que sus disciplinas vecinas podrían emplear, ya que estas últimas, como sucede con la mayoría de las ciencias naturales, han llegado a depender de unas cuantas tecnologías experimentales muy caras.

El generalismo de la sociología puede, pues, aparecer como ventajoso para su supervivencia, y probablemente lo es, aunque hay que reconocer que la analogía ecológica aquí empleada es imperfecta en varios sentidos. En primer lugar, no es lo mismo una disciplina *generalista* que una disciplina practicada por generalistas. De hecho, muchos sociólogos son bastante especializados en cuanto a sus intereses de investigación; quizá no tanto como lo son los científicos naturales, pero quizá sí en el mismo grado en que lo son sus colegas de los departamentos de economía o de ciencia política. Estrictamente hablando, la sociología es una población “polimórfica” (consistente de diferentes tipos de subdisciplinas) tanto como es una disciplina *generalista*. Por lo común, esos subcampos están sólo débilmente conectados entre sí, dejando la impresión en muchos observadores de que la sociología es una disciplina “desintegrada” y sin un “núcleo”.⁶

Segundo, la sociología es en muchos sentidos una disciplina *generalista* muy extraña. Mientras que las formas organizacionales generalistas tienden a ser grandes y relativamente bien abastecidas, la sociología es bastante más pequeña de lo que, por ejemplo, lo son la psicología, la ciencia política o la economía. Como resultado de ello, la sociología trata de derribar fronteras más amplias con muchos menos soldados. De ahí que lo que Michael Hannan y John Freeman (1991: 105) describen como el típico dilema de los generalistas ricos en recursos —esto es, el “obvio *estira y afloja* entre la tolerancia a condiciones sujetas a variaciones muy amplias por un lado, y la capacidad para lograr un alto desempeño en cualquier situación particular por el otro”— golpee a la sociología con doble fuerza.

Tercero, la analogía entre disciplinas y especies hace que enfoquemos la atención en la rivalidad entre disciplinas. No obstante, la noción de Comte y de Mary Somerville⁷ al respecto de que las ciencias representan

⁶ Para una representación gráfica de esta cualidad desintegrada basada en el análisis de datos de cocitación, véase Crane y Small (1992). Véase también Stinchcombe (1994: 279-291).

⁷ Mary Somerville, mujer de ciencia inglesa, fue la autora del libro *On the Connexion of the Physical Sciences* (1834). Según la descripción de Merton, la señora Somerville fue “una extraordinaria expositora de la ciencia que había hecho algún trabajo científico por su cuenta; buena amiga de muchos de los principales hombres de ciencia mientras vivió en Inglaterra, Francia e Italia; ‘miembro honorario’ (no de número) de varias de las Reales Sociedades

un sistema cohesivo de pensamiento y búsqueda, dirige nuestra atención a la relación simbiótica –en términos intelectuales, no presupuestales– entre la sociología y sus disciplinas hermanas. También nos hace un recordatorio del papel especial que juega un campo generalista como puente entre materias y sistemas de pensamiento que, de otra manera, en lo individual sufren de miopía y, colectivamente, de fragmentación.

LAS VENTAJAS DEL GENERALISMO

El *generalismo* de la sociología les da a sus practicantes varias ventajas en la lucha por lograr el conocimiento. La multiplicidad de tópicos de los que se ocupan los sociólogos hace que los espejismos colectivos sean difíciles de sostener por mucho tiempo, al menos en tanto que los especialistas se logren comunicar entre sí (lo cual seguramente hacen con cierta frecuencia, debido a las pequeñas cantidades de practicantes de este campo). Por ejemplo, es probable que los mecanismos sociales que con facilidad pueden ser obviados al estudiar la forma de operar de los grupos pequeños en los Estados Unidos de hoy, sean faltantes manifiestamente patentes para, digamos, los estudiosos de los conflictos políticos de la Europa medieval (o viceversa).

La diversidad metodológica de la sociología es igualmente saludable en ese sentido. La mayoría de las disciplinas de las ciencias sociales hacen muy bien algunas cosas pero otras las hacen mal, por lo que frecuentemente se limitan a pulir sus fortalezas hasta sacarles un brillo deslumbrante, mientras promueven la ceguera colectiva de sus practicantes a sus deficiencias metodológicas más típicas. Por ejemplo, los psicólogos experimentales (al menos aquellos que trabajan con estudiantes de las universidades como voluntarios) pueden ser unos maestros de la medición y de las escalas, pero no es raro que desdeñen

[especializadas en las diversas ciencias] e incluso –en esos tiempos difíciles para las escasas mujeres de ciencia– miembro normal de otras academias eruditas (incluida la más vieja de esas instituciones en los Estados Unidos, la American Philosophical Society). De ella podría haberse dicho en el obituario publicado en el *Morning Post* de Londres el 2 de diciembre de 1872: ‘Cualquier dificultad que hubiésemos tenido a mediados del siglo XIX para escoger un rey de la ciencia, no habría existido al escoger una reina de la ciencia’. El libro de la señora Somerville se dedicaba precisamente a resaltar las conexiones y campos comunes de las ciencias naturales, cosa que William Whewell (1834: 54-68) –supuesto acuñador del término “científico” para referirse a los hombres de ciencia– destaca en la reseña que hizo del libro de la célebre señora Somerville [T].

recurrir al muestreo. Los economistas tienden a sobresalir en el diseño de modelos estadísticos, pero por lo general están mucho menos interesados en la medición que en diseñar modelos. Si uno toma como evidencia el contenido de las principales revistas especializadas, los estándares en la mayoría de los otros campos son más altos que los encontrados en las revistas de sociología, sobre todo en lo que se refiere a los métodos en que destacan aquellos campos, pero, en cambio, son bastante más bajos en aquello que han decidido desatender. Si la reducida cantidad de sociólogos le impide a la sociología inculcar el más alto nivel de formación técnica en sus graduados, la diversidad de la disciplina requiere de académicos cuyos estilos metodológicos favorezcan, por ejemplo, el análisis de redes sociales para que recojan el guante y acepten el desafío de los reseñistas especializados en modelos dinámicos, construcción de escalas o, incluso, en técnicas de historia comparada. En lo que se refiere a cuestiones epistemológicas—como en lo que se refiere a las metodológicas— la diversidad del campo hace difícil que se tomen los hechos como dados por demasiado tiempo.

Pero las ventajas de la diversidad en el cultivo de la disciplina no se limitan a lo mencionado. Una gran cantidad de académicos de campos tan diversos como la psicología del ego, la antropología cultural y los estudios de las innovaciones técnicas, han notado que muchos de los más ricos y emocionantes acontecimientos—en cuanto a desarrollo personal, cultura y ciencia— ocurren en los límites de la vida, cuando se yuxtaponen cosas que habían estado separadas (Zerubavel, 1991). (Esto es lo que se quiere decir cuando se sugiere que la marginalidad social *afina* el ojo del etnógrafo o le permite al analista de datos detectar patrones que incluso los menos alienados podrían haber estado ignorando). La diversidad de la sociología significa que ésta es una disciplina en constante yuxtaposición. Muchas de las más productivas intuiciones de los sociólogos emergen de la comparación de escenarios institucionales demasiado diferentes como para pensar siquiera en equiparlos desde la esfera determinada de asuntos propios de cualquier otra disciplina: tórnense sólo como uno de los muchos ejemplos las sorprendentes observaciones de Harrison White (1994) acerca de las similitudes estructurales entre el sistema contemporáneo de disciplinas científicas y el sistema de castas de la India. Además, las comparaciones transversales entre método y tópico ubican a la mayoría de los sociólogos en colegios invisibles que incluyen a algunos de sus pares cuyos intereses o estilos de investigación son diametralmente opuestos.

Este persistente *andar en los bordes* les da a los sociólogos una ventaja –Paul Starr (1974: 393-415) se ha referido a ello como “el margen de la ciencia social”– de la que frecuentemente carecen los académicos de disciplinas más paradigmáticas.⁸

Si el *generalismo* de la sociología es productivo desde el punto de vista de la vitalidad intelectual del propio campo, entonces ha de ser indispensable desde el punto de vista del conjunto de las ciencias sociales. La sociología contribuye a la diversidad intelectual de las ciencias sociales de la misma manera que la selva húmeda tropical contribuye a la biodiversidad, y en mucho lo hace por el mismo tipo de razones. La sociología mantiene vivos los elementos de un *pool* de genes conceptuales que con toda seguridad necesitarán algún día las demás ciencias sociales; por eso cuida y alimenta ideas y métodos momentáneamente impopulares, que sus vecinas –las disciplinas especialistas/acarrea-paradigmas– hoy descartan.

Existen muchos ejemplos de lo anterior, tanto sustantivos como metodológicos. Por ejemplo, la sociología mantuvo viva la noción de “institución” en las ciencias sociales mucho tiempo antes de que los economistas decidieran que tenía algún valor. Ahora la economía institucional está *levantando revuelo* y sus practicantes recurren mucho a las profundizaciones sociológicas. Los sociólogos, que –como Erikson y Smelser hacen notar– siempre se han sentido atraídos por los patrones y las afinidades, han estado jugando un papel crucial en el desarrollo de los métodos formales del análisis de redes sociales, mismos que cada vez con mayor frecuencia entran en los repertorios de las demás disciplinas. Mirando hacia adelante, podemos anticipar que las disciplinas hermanas de la sociología pronto redescubrirán la importancia del papel del análisis estructural,⁹ subcampo en el que los antropólogos sociales coincidieron con los sociólogos como pioneros, pero en el cual posteriormente han mostrado muy poco interés. También sabemos que el trabajo sociológico (tanto teórico como metodológico) en análisis comparativo será, en última instancia, explotado por los académicos de los campos vecinos. De ahí que, explorando y manteniendo las veredas

⁸ Las ciencias naturales han reconocido esto al adoptar los enfoques interdisciplinarios tan a fondo que en muchas de las escuelas de medicina los títulos departamentales son casi una ficción, al menos en lo que se refiere a las actividades de investigación. Sin embargo, en general las ciencias sociales han permanecido más parroquiales.

⁹ “Análisis estructural” es otro de los nombres con que se conoce al análisis de redes sociales. Véanse por ejemplo, entre muchos otros, los textos de R.S. Burt (1982) y David Knoke (1990) [T.].

interiores de la imaginación científico-social, la sociología asegura que algunos subvaluados –aunque potencialmente significativos– terrenos intelectuales queden, si no totalmente explorados, al menos ya encuadrados y registrados.

LAS CARGAS DEL GENERALISMO

A pesar de sus ventajas, el *generalismo* le impone a la sociología cargas muy pesadas. La primera de ellas deriva del contraste que hace la gran diversidad de tópicos y enfoques que interesan a los sociólogos contra el número reducido de practicantes. Dadas esas condiciones, resulta virtualmente imposible que la disciplina reúna la masa crítica de investigadores que se requiere para hacer *La gran ciencia*: los sociólogos hasta hoy no cuentan con un equivalente del Proyecto de Genoma Humano. Los programas de investigación teórica que pudieran haberse extendido por más de tres “generaciones” académicas pueden, quizá, contarse con los dedos de una mano. Es cierto que se registra cierto progreso, pero a un ritmo tan pausado, que muchas veces los cambios en las modas de investigación hacen que muchas líneas de búsqueda queden abandonadas antes de ser desarrolladas, y todavía muchas menos llegan a ser agotadas. Como se sabe que alguna vez Merton dijo, la sociología ha estado sufriendo de demasiadas despedidas y de muy pocos arribos.

Una segunda carga relacionada con la anterior resulta ser de orden estructural. El generalismo y el reducido número de practicantes, tomados juntos, causan la debilidad de las estructuras que deberían producir el control social interno de la disciplina. La organización intelectual en la mayoría de las ciencias es de tipo jerárquico: el trabajo de la gente se organiza en torno a áreas de grandes problemas, y dentro de cada área, pequeños conjuntos de trabajadores persiguen subproblemas particulares, frecuentemente con técnicas específicas a su trabajo. Los practicantes de esos pequeños conjuntos ordinariamente hacen evaluar su trabajo por investigadores familiarizados tanto con el foco substantivo de su interés como con los métodos empleados para abordarlos. En contraste, la arquitectura intelectual de la sociología se asemeja a lo que los consultores gerenciales llaman una “matriz”. Relativamente muy pocos campos dentro de la disciplina poseen una masa crítica de académicos que compartan tanto el objeto como el

método de investigación. Es más común que los investigadores de la sociología sean evaluados por expertos técnicos que no saben nada acerca de la sustancia de su investigación, y por especialistas de área que bien pueden desconocer el enfoque empleado por los investigadores. Esto le da a los sociólogos mucha libertad, pero también causa que, en los procesos de revisión, sean muy vulnerables a lo que los estadísticos llaman *errores tipo 1 y tipo 2*,¹⁰ lo cual vuelve muy difícil la tarea de construir consensos acerca de las cuestiones fundamentales de sus trabajos. Si los sociólogos cuentan o no con un “núcleo” disciplinar, es cosa que discutiré enseguida. En tanto diré que la atracción gravitacional del campo es lo suficientemente débil como para dar pie a que partes importantes de la práctica sociológica a veces giren en órbitas excéntricas, desenganchados de su planeta de origen y, ocasionalmente, en calidad de planetas vacíos de vida inteligente.¹¹

El generalismo también se relaciona con las dificultades que tienen los sociólogos para identificar el “núcleo” de su disciplina, tal y como lo mencionan tanto Erikson como Smelser. Los sociólogos están en desacuerdo acerca de si su disciplina tiene un núcleo al igual que lo están acerca de muchas otras cosas. Aquellos que creen que no lo tiene, hacen notar que los libros de texto introductorios a la sociología organizan el material en formas más variadas (y difieren más en cuanto al material que incluyen) de lo que normalmente sucede con los libros de texto de disciplinas más paradigmáticas. También observan que hay muy poca estandarización de los requerimientos para los doctorados en los departamentos que se dedican a entrenar sociólogos.¹²

La supuesta carencia de un núcleo de la disciplina se ha corrientemente atribuido a la diferenciación causada por el rápido crecimiento registrado a fines de los años sesenta y, también, a la supuesta “frag-

¹⁰ Se refiere a los errores en que se puede caer al momento de la prueba de las hipótesis. Un *error tipo 1* se comete cuando se rechaza una hipótesis que debería haber sido aceptada, y se incurre en un *error tipo 2* cuando, por el contrario, se acepta una hipótesis que debería haber sido rechazada [T.].

¹¹ Estoy en deuda con la observación –de la cual esta aseveración surge– que alguna vez John Simon hizo acerca del universo de las fundaciones filantrópicas. Sobre los factores estructurales que influyen la capacidad de las disciplinas de cuidar sus fronteras, véanse los materiales de Stephen Fuchs y Jonathan Turner (1986: 143-150); Mark A. Schneider (1983), y Thomas F. Gieryn (1983: 781-795).

¹² Acerca de que la sociología carece de un núcleo, véanse Crane y Small (Halliday y Janowitz, 1992); Jonathan Turner y Stephen Turner (1990), y Stephen Cole (1994: 133-154). Acerca de libros de texto y curricula, véanse, respectivamente, Barbara Levitt y Clifford Nass (1989: 190-207), y Joan Huber (1995: 194-216).

mentación” (política y epistemológica) ocasionada por los conflictos intradisciplinarios de esa misma época. Un estudio llevado a cabo durante los cincuenta por la American Sociological Society (todavía no era *Association*) no pudo discernir un “núcleo” en esa *época de oro* de la sociología norteamericana. Al habersele pedido que proporcionara un “núcleo central” de conocimientos recomendable para la “formación exigible a todos los candidatos a grados avanzados”, el comité al que se acudió solamente mencionó algunas herramientas metodológicas, todas las cuales se “enseñaban en departamentos académicos que no eran los de sociología”, y no pudo arribarse a ninguna formulación de requisitos estrictamente sociológicos (Sibley, 1963). El *timing* de estos hechos es importante, ya que si la sociología carecía de un núcleo en los cincuenta, los acontecimientos de los años sesenta no pueden ser culpados de ser los causantes de esa supuesta falta de núcleo disciplinario. Y si esa falta ha sido crónica más que variable, tampoco podemos culpar a las tribulaciones de la disciplina de la década de los años ochenta por algo que ya era evidente que existía al menos desde tres décadas antes.

Sin embargo, no todas las evidencias apoyan la idea de la falta de un núcleo. Cuando los sociólogos intentan caracterizar el centro sustantivo de su disciplina, tienden a llegar a formulaciones similares. El consenso es, por lo general, más grande entre los investigadores activos en instituciones dedicadas al entrenamiento de graduados que en el resto del campo amplio. Por ejemplo, cuando tales investigadores evalúan las solicitudes de fondos para el financiamiento de la investigación y los escritos enviados a las revistas líderes de la disciplina, muestran tanto acuerdo como lo hacen los científicos de disciplinas más paradigmáticas.¹³

Yo creo que la sociología sí cuenta con un núcleo. Este núcleo sería el estudio de la organización social desde una perspectiva comparativa. Con *organización social* me refiero a las formas (burocracias, redes, familias, grupos de estatus, jerarquías), procesos (estratificación, formación de grupos, mecanismos demográficos y control social), y significados culturales que se combinan para dar forma al territorio humano. Esta definición es razonablemente amplia e incluso puede ser una con la cual muchos sociólogos pueden estar de acuerdo. Pero en sociología no es tan fácil de articular frases lapidarias del tipo “estudiamos la

¹³ Véase Huber (1995: 204) para una caracterización del núcleo similar a –si no es que más concisa que– la presentada aquí. Acerca del tema de evaluación, véase Michael Cole (1992). Donde argumenta que la sociología tiene consensos en sus fronteras sin tener un núcleo “tierra adentro”.

política”, o “estudiamos la mente humana”, o incluso “estudiamos las alternativas en condiciones de escasez”, porque acá una definición simple estaría compuesta de términos que requieren de ulteriores aclaraciones.

Los antagonistas de la sociología se recrean preguntando si la sociología realmente cuenta con un “núcleo”. Sin duda lo hacen porque saben de la incomodidad que en general nos causa esa pregunta. Pero también los colegas bien intencionados se preguntan de qué trata la sociología. Su perplejidad refleja *directamente* el *generalismo* de la disciplina: los sociólogos estudian tantas cosas en tantas formas que, tan pronto como los no pertenecientes al campo logran fijar una imagen mental sobre nuestro quehacer, encuentran instancias que parecen inconsistentes con esa imagen. En virtud de que los observadores desde otras disciplinas asocian de manera natural nuestro campo con el contenido que se estudia –más que con el marco conceptual subyacente que entrelaza nuestro trabajo en tan diversos tópicos– su perplejidad también resulta natural.¹⁴

Esa confusión también refleja *indirectamente* el *generalismo* del campo. Primero, porque debido a la dificultad de ejercer control social al interior de la práctica disciplinaria, como hice notar antes, unos cuantos sociólogos (y otros extraños al campo que se dicen ser sociólogos) se dedican a hacer cosas que difícilmente cualquier sociólogo reconocería como sociología; pero además, esos pocos sociólogos y extraños que se dedican a esas cosas raras, con frecuencia atraen mucha atención [popular] al hacerlas. (Si la comprensión pública de la sociología pudiera ser medida por la proporción de publicaciones en los estantes de la sección de “sociología” de las librerías comerciales que realmente han sido escritos por sociólogos, entonces esa proporción nos indicaría que estamos en graves problemas). Un segundo efecto *indirecto* del *generalismo* del campo, a través de su impacto centrífugo en las redes cognitivas, como Smelser hace notar, es la tendencia de la mayoría de los sociólogos –aún de los más prominentes y célebres– a considerarse a sí mismos más cercanos a los márgenes que a las corrientes principales del campo. Cuando incluso aquellos que de hecho están contribuyendo di-

¹⁴ La proporción comparativamente más alta de tópicos de investigación para los sociólogos dificulta la acumulación de avances significativos. James Davis (1994: 179-197) pregunta: “¿Por qué no hay conflictos acerca de las prioridades en sociología? ¿Será porque los sociólogos son gente simpática y agradable? ¡No!, sino porque nunca dos sociólogos estudian la misma cosa...”

rectamente al centro cognitivo de la disciplina se ven a sí mismos como marginales, es entendible que los extraños al campo se pregunten si efectivamente existe un “núcleo”.

Pero si persiste la duda acerca de que la sociología tenga un núcleo de conceptos y de generalizaciones abstractas capaz de guiar las búsquedas y de producir hipótesis sobre muchos fenómenos concretos, entonces considérese la siguiente cuestión: ¿de dónde vienen nuestras hipótesis acerca de las condiciones estructurales que producen núcleos disciplinarios y acerca de las condiciones bajo las cuales los practicantes y los observadores reconocerían que tales núcleos existen? Vienen de la aplicación de principios fundamentales –conocimientos sociológicos centrales relativos a la estructura social, a las redes y a las identidades– para cualquier caso a mano, generando explicaciones típicamente sociológicas improbables de ser hechas por los extraños al campo, precisamente porque no están equipados con el repertorio de conceptos analíticos y estrategias propios del sociólogo.

La tercera pesada consecuencia del *generalismo* de la sociología es, simplemente, lo contrario de la gran auto-reflexividad –i.e., la internalización de yuxtaposiciones productoras de profundización– que ya anoté en la columna de los *haberes* de la contabilidad sociológica. Más que ninguna otra disciplina, la sociología se define por una serie de tensiones, por ejemplo, las que se dan entre sus imágenes científica y humanística; entre la necesidad de predecir y explicar y la conciencia de la especificidad; entre el formalismo y el análisis cultural. Esas tensiones, junto con las redes cognitivas que las vuelven difíciles de evitar por los practicantes, son la fuente de la fuerza de la sociología, a pesar de que también contribuyan a su recurrente “crisis de identidad y duda de sí misma”, acerca de la cual Smelser ya se ha pronunciado. Muchas –si no es que la mayoría– de esas tensiones afectan los propósitos de la empresa sociológica, esto es, el que la sociología sea (y las maneras en que es) una ciencia *generalizante*, como sugiero enseñuida.

LA SOCIOLOGÍA COMO CIENCIA GENERALIZANTE

La verdadera cuestión no es si los sociólogos son científicos, sino qué clase de científicos son. Mi definición de “científicos” sigue la admirablemente simple que Merton extrajo de William Whewell: “son estudiosos del conocimiento del mundo material”; pero ateniéndonos a nuestra

tradición comteana, reemplaza “material” con “social” como una descripción del terreno de esta nuestra ciencia. Luego podremos añadir que los científicos no sólo buscan el conocimiento, sino que tratan de incrementarlo a través de esfuerzos sistemáticos. Son estos esfuerzos sistemáticos –junto con el compromiso que se tiene con la verificación empírica de lo que uno asume acerca de los datos, sean estos cuantitativos o cualitativos– lo que define a la empresa científica, más que la forma particular de los principios a ser inferidos, aunque –como ya lo hacía notar Erikson– se implica que existe un interés mayor por las “*tendencias generales que por los eventos particulares*”, esto es, que hay una preferencia por los principios explicativos generales en la medida en que éstos sean susceptibles de ser verificados empíricamente.

Me parece que tal caracterización captura la esencia de esta ciencia distinguiéndola de las humanidades, aunque no distingue mucho de lo que sucede en otros campos ampliamente reconocidos como “científicos”. Nuestra definición no requiere de la cuantificación: los métodos observacionales –el trabajo de campo, si se quiere– son tan importantes en biología (de la cual ni duda cabe que sea una ciencia) tanto como lo son en sociología.¹⁵ Ni tampoco requiere de que se tenga fe –que incluso muchos de los científicos naturales ya han perdido– en la capacidad de descubrir leyes de cobertura universal. Pero definitivamente excluye como criterios de definición científica tanto el uso de las batas blancas de laboratorio y los tubos de ensayo, como de la oposición de la razón a la fe y a la intuición, porque todo ello es más que nada asunto de la imagería popular sobre lo que es la empresa científica.

Pero también se distingue lo que la mayoría de los sociólogos hace respecto de dos de las preocupaciones favoritas de los humanistas: el establecer un recuento histórico detallado y el interpretar los objetos, ambas como si fueran cosas valiosas en sí mismas. A no dudar, tanto la interpretación como el recuento correcto de la historia son cosas esenciales para mucho del quehacer de la sociología. Pero desde el punto de vista de la empresa sociológica como un todo, esos sólo son pasos hacia la explicación, y de ninguna manera momentos culminantes del conocimiento sistemático, como lo son para la mayoría de los estudiosos de las humanidades. Nótese que este punto no es incongruente con las ideas

¹⁵ Claro está que la observación y la cuantificación no son mutuamente excluyentes; la observación sistemática de campo puede producir datos cuantitativos muy valiosos. Sobre este punto véase el trabajo de Albert J. Reiss (Halliday y Janowitz, 1992: 297-316).

de Smelser respecto del enraizamiento de la sociología en las ciencias y en las humanidades. De hecho, el objeto de la sociología en cuanto a explicación del mundo social, requiere tanto del conocimiento sistemático de la historia como de una visión interpretativa, cosa que la sociología debe agradecerle a su linaje humanista.

EXPLICACIÓN GENERAL VS. AGENCIA HUMANA:

UNA FALSA OPOSICIÓN

Hasta aquí la mayoría de los lectores podría encontrar muy pocas cosas que objetar a esta descripción de la sociología como ciencia, excepto quizá su falta de fuerza. Pero aquí tendríamos que esperar a que algunos lectores objetaran acerca de que la relación de la sociología con la ciencia es un asunto tanto de identidad como de definición. En este volumen, Alan Wolfe (Erikson, 1997: 31-56 [T.]) es contrario al “enfoque de ciencia natural” que él define por el uso de sus herramientas (“el método experimental, la verificación de hipótesis, la acumulación de datos, el entrelazamiento de proposiciones confirmadas en una teoría acerca del mundo...”); mientras que Smelser describe una disciplina que se ubica en la intersección de la ciencia, las humanidades y el arte, Wolfe parece pensar que hasta que se introdujo como giro retórico “una muy necesaria nota de excepticismo” fue posible que un entendimiento del comportamiento humano riguroso, casi algorítmico, fuera la creencia hegemónica. El resultado, argumenta Wolfe, habría sido “el fracaso de un modelo científico basado en las ciencia naturales y su intención de predecir mucho más de lo que ya era obvio...”

Este no es el lugar para enumerar lo que los sociólogos (y mucho menos lo que todos los científicos sociales) han aprendido hasta hoy acerca del mundo. Baste decir que un inventario de proposiciones explicativas bien sustentadas sería una cosa realmente muy larga de contar, y la lista de hallazgos importantes no lo sería menos. Eso sí: de seguro habría muchas menos predicciones que enlistar, y serían muchos los sociólogos comprometidos con el método científico que cuestionarían que la predicción fuera una meta viable en tanto que opuesta a la explicación. Pero como tanto David Patrick Moynihan (Erikson, 1997: 169-183 [T.]) y Daniel Bell (Erikson, 1997: 101-121 [T.]) demuestran en sus contribuciones a este volumen, una feliz combinación de buena teoría, observación inteligente e intuición aguda, puede hacer posible

predecir eventos tan dispares como la crisis de las familias afro-americanas o la caída de la Unión Soviética.

¿Será que las explicaciones de las ciencias sociales sólo dan cuenta de lo obvio? De nuevo pienso que no. Como dice Erikson, la substancia de la sociología “realmente no es lo obvio, sino lo familiar—y distinguir entre ambas cosas es importante”. La gente sabe mucho acerca de lo que estudian los sociólogos porque “las culturas de las que forman parte ya les han dado respuestas”; lo único malo es que muchas de esas respuestas están equivocadas, y muchas de las que no lo están, son simplistas, de ahí precisamente que la capacidad de los sociólogos para ocuparse en lo que los humanistas llaman “discurso desfamiliarizador” sea tan esencial, porque nos hace ver de formas nuevas y más precisas aquello que regularmente nos parece familiar.¹⁶

Lo que Wolfe objeta no es la ciencia, al menos como yo la he definido, e incluso no objeta el empiricismo. (De hecho pide que los sociólogos reunan lo que el llama “hechos del mundo real” y que estudien “a la gente del mundo real”). Su queja mayor parece ser que, en tanto que se moldea a partir de las ciencias naturales, la sociología no le da el lugar que merece a la *agencia* humana,¹⁷ esto es, a la capacidad del agente para interpretar y dar forma a sus ambientes en formas que hacen im-

¹⁶ Además, como se ha dicho con frecuencia, no es raro que las cosas que los sociólogos aprenden o, incluso, los conceptos que construyen, se introduzcan con cierta rapidez en el lenguaje y el entendimiento de la gente común, abonando con ello a la creencia de que la sociología enseña lo que ya todos sabíamos. Ocasionalmente eso se revierte asestando un duro contragolpe a la investigación sociológica misma. Durante mi primer año como estudiante de grado, invertí varios días leyendo las notas de campo del gran estudio de Richard F. Coleman y de Bernice L. Neugarten (1971) sobre Kansas City, que representó un gran esfuerzo por entender la estructura social de una gran metrópoli usando métodos similares a los empleados en los estudios clásicos de comunidad de la serie de Yankee City. Los hombres y mujeres entrevistados en esos estudios frecuentemente empleaban frases coloridas como “la gente rica de la colina”, o “la gente que vive como animales” para describir a los grupos a los que se referían, y los investigadores procesaban esas frases en la tipología analítica tan familiar de clases “alta, alta-media, media-media”, etcétera. A fines de 1950, cuando Coleman y Neugarten llevaron a cabo sus entrevistas en Kansas City, los norteamericanos de clase media ya habían asimilado tan completamente esta línea académica que, cuando preguntaban por la categorización popular de las clasificaciones de la estructura social de la ciudad, muchos entrevistados regurgitaban la tipología de Warner que, aparentemente, habían aprendido en la escuela o a través de los medios masivos de comunicación. De ahí que la aparente banalidad de los hallazgos de las ciencias sociales sea en parte una consecuencia que el poder sustancial de la ciencia social ejerce sobre nosotros en cuanto a nuestras maneras de entender el mundo.

¹⁷ El concepto de *agencia* no es un concepto que se emplee con frecuencia en nuestro medio como lo es en la sociología norteamericana. Nosotros oímos y empleamos más seguido acción social. Aunque existen diversas maneras de entenderlo (véase por ejemplo el trabajo de Mustafa Emirbayer y Jeff Goodwin (1994: 1411-1454), el concepto de “*agencia*” humana

posible la predicción. Esta capacidad no es noticia para las corrientes principales de la sociología empírica: hay una larga tradición en el interés —que se originó en las observaciones de Merton acerca de las profecías que, por su propia naturaleza, contribuyen a volverse realidad—¹⁸ por la tendencia de la investigación social científica a alterar los comportamientos que los mismos científicos sociales están tratando de predecir (Merton, 1948). No obstante, Wolfe arremete contra los positivistas de la sociología por no percibir “la aguda separación entre fenómenos sociales y naturales” y critica al distinguido positivista Walter Wallace por argumentar que “el análisis científico de los fenómenos sociales sigue exactamente los mismos principios generales, sin importar que los objetos del análisis sean organismos humanos o no humanos...”¹⁹ Para Wolfe (y esto es una posición compartida por muchos), esta noción es inherentemente deshumanizadora, en tanto que piensa que sería una cínica negación de la volición y la creatividad, que son las cosas que nos hacen ser humanos.

Hay varios defectos en esta línea de criticismo. En el mejor de los casos es extrema. Aunque es cierto que mucho de lo que los sociólogos tratan de entender requiere de una apreciación de la capacidad de elección y el significado humanos, algunas otras cosas no lo requieren: a pesar de que el famoso principio de Peter Blau (1977) (que dice que un miembro promedio de un grupo minoritario gasta más tiempo interactuando con miembros de la mayoría del que un miembro típico de la mayoría gasta interactuando con uno de la minoría) es un principio que se aplica de manera inevitable a toda la gama de preferencias y

es un asunto que Giddens desarrolla con detalle dentro de sus planteamientos sobre la praxis social, a su vez parte importante de su Teoría de la Estructuración. Los “agentes humanos”, dice Giddens (1977: 87) “son seres humanos en tanto que agentes racionales que aplican de manera reflexiva el conocimiento de sus contextos de acción en la producción de la acción. La “predicibilidad” de la vida social no solamente “sucede”, sino que “se hace que suceda” como resultado de la aplicación consciente de las habilidades de los actores, aunque enseguida aclara que “El alcance de la racionalización reflexiva de la acción de los individuos concretos está limitado de varias maneras”, lo que ocasiona muchos temas de discusión para la sociología. Para una excelente revisión e interpretación de la teoría de la estructuración, del concepto de praxis y de los planteamientos sobre la agencia humana en Giddens, puede consultarse en español el libro de Ira H. Cohen (1996) [T.].

¹⁸ Sobre el asunto de las profecías que se auto-cumplen, puede consultarse también el libro de E. Nagel (1961).

¹⁹ Wolfe critica un pasaje del libro de Wallace (1983: 4-5) en que se dice que: “en cuanto a su práctica real, como en cuanto a su diseño abstracto, la sociología es una de las ciencias naturales, esto es, está mucho más emparentada con la biología, la química y la física, que con la filosofía, la poesía y la religión...” [T.]

convicciones humanas, puede ser un caso muy al propósito de esto que digo. También lo es la explicación de Scott Feld (1991: 1464-1477) sobre el por qué la mayoría de la gente percibe que sus amigos son más populares que ellos. Sería poco sabio que negásemos los beneficios de tales intuiciones por el temor injustificado del que piensa que, reconocerlas, no abona a la dignidad humana.

En segundo lugar, las críticas de Wolfe ignoran mucho de lo que hacen los sociólogos identificados con el lado científico de la sociología.²⁰ En realidad hay muy poco determinismo en la manera en que éstos practican la sociología: el empleo que más frecuentemente hacen de los modelos estadísticos es probabilístico, esto es, en modelos en que se toman como dados los papeles de la oportunidad y de la capacidad de elección en los asuntos humanos. Lejos de descansar confortablemente en una ingenua fe en la predicción, los estudiosos del ala sociológica identificada con la ciencia (en que la elaboración de modelos cuantitativos y la teoría están más estrechamente acordes entre sí) conducen muchas de sus más críticas y penetrantes exploraciones a partir de nociones como causalidad, explicación y predicción.²¹

Wolfe evidencia una similar incompreensión del trabajo de los sociólogos identificados con el lado científico de la sociología cuando dice que “Aún cuando el comportamiento de la gente es predecible en términos generales, no el de todo mundo lo es, y tan meta de la ciencia debería ser el entender a aquellos que se desvían de la norma estadística como lo es el comportamiento de aquellos que no se desvían”. La sociología inclinada a incluir la estadística entre sus rutinas más frecuentes centra su interés no en documentar los hechos promedio, o en lo más típico, sino casi obsesivamente en explicar las variaciones. (En realidad, sería más justa la crítica opuesta, o sea, que los sociólogos que con frecuencia utilizan el método estadístico de mínimos cuadrados están

²⁰ Empleo la expresión “identificados con el lado científico” para describir al ala del campo que se identifica más cercanamente con las ciencias naturales; que descansa en gran medida en las herramientas estadísticas; que se preocupa profundamente por cosas como la medición y la especificación de los modelos y, en su mayor parte, adopta una retórica y una visión de la ciencia popperianas. La expresión, aunque algo torpe, parece preferible a la más simple de “los científicos” (ya que muchos más sociólogos son realmente científicos en el sentido amplio), y también al uso peyorativo de “científico” (el cual no me parece justo), o incluso el que es más fácil de asir de “pro-ciencia” (que incluiría tanto a los fans de la ciencia que ni ellos mismos ni otros los identifican fuertemente con los enfoques de las ciencias naturales).

²¹ Véase por ejemplo el trabajo de Michael E. Sobel (Arminger, Clogg y Sobel, 1995). Véanse también Otis Dudley Duncan (1984); Joel H. Levine (1993), y, finalmente, Stanley Lieberman (1985).

tan preocupados por explicar variaciones tan relativamente pequeñas que llegan a ignorar las características más notorias y comunes). Lo cierto es que los estadísticos sociales sofisticados han dedicado atención muy considerable tanto a los “análisis de lo excluido” (esto es, investigan casos que no se ajustan a los modelos) como al problema de la heterogeneidad de la población (esto es, se aseguran de que no se hagan generalizaciones acerca de procesos que se dan de maneras diferentes en grupos diferentes) (Turkey, 1977; Weisberg y Smith, 1993: 228-232; Western y Jackman, 1994: 412-423).

En tercer lugar, Wolfe mezcla la substancia de lo que es estudiado con el enfoque que se asume para estudiarlo. Pocos sociólogos estarían en desacuerdo con que “a diferencia de las ciencias naturales, [la sociología] debe explicar las capacidades interpretativas de aquellos que son estudiados”. Pero eso no significa que uno no pueda usar ciertas herramientas típicamente empleadas en las ciencias naturales para estudiar las formas en que los humanos confieren significado y dan sentido a las situaciones que enfrentan. Mucho de la psicología cognitiva lo hace (por ejemplo, la investigación de Daniel Kahneman sobre los errores rutinarios en el razonar). También lo hacen los análisis sociológicos de los sistemas públicos de símbolos, sean éstos civiles o religiosos (Kahneman, Slovic y Tversky, 1982; Wuthnow, 1987; Swanson, 1960). El problema no es si la cultura y la interpretación son más difíciles de medir que los conceptos estructurales, sino que requieren de indicadores más concretos, de ahí que se tienda a limitar el alcance de los modelos explicativos (Jepperson y Swidler, 1994: 359-371).

Finalmente, y más importante, la crítica de Wolfe es deficiente porque mezcla o confunde los aspectos ontológicos con los epistemológicos y los tácticos de la ciencia. Como Erikson lo establece, “pocos sociólogos insistirían en que los conjuntos humanos *son como* galaxias o moléculas, pero todos insistiríamos en que el ojo que uno entrena para ver la vida social humana es disciplinado, como también lo es el ojo entrenado para observar cosas del mundo físico”. Aun ese incansable promotor del positivismo que era Comte (1970), reconoció la complementariedad de los modos de conocer científico y humanístico, reconociendo “la imposibilidad de obtener la verdad absoluta” por medios científicos. En sociología, la reducción no es cosa de fe, sino de táctica: uno se cierra provisionalmente a una porción de la “envolvente y zumbante confusión” del mundo, como dijo William James, para reducir esa complejidad y así poder aprehender una parte de la misma. De ahí el clamor

por una teoría “multidimensional”, y también de ahí que sea necesario estar alertas contra la posibilidad de que esa estrategia se transforme en ceguera de largo plazo, a la cual no se debería dar ningún crédito. Como frecuentemente se comprueba, la ventaja de la sociología no reside en adoptar esta o la otra posiciones epistemológicas, sino en la tensión entre ellas y, para el caso, en la dialéctica entre una multidimensionalidad estratégica y un reduccionismo táctico.

Bell toca el meollo de este asunto cuando pregunta “¿Son el hombre y la sociedad parte de la naturaleza?, o sea, el orden social –como en la familia y en la *polis*– ¿es ‘natural’? o, ¿sucede algún cambio cualitativo en el paso de la naturaleza a la cultura?...” Wolfe toma a los hombres y a las mujeres fuera de la naturaleza: tan fuera de ella que la reflexividad y la libre voluntad vuelven imposible la explicación. La teoría de la elección racional –una de las *regiones* más “científicas” de la sociología– resalta la volición humana aún más drásticamente de lo que lo hace Wolfe, pero al ubicar la elección humana en la naturaleza, trata a la *agencia* como a la cosa primordial desde la cual se construye una explicación. Además, y aunque sean menos extremos, la mayoría del resto de los esfuerzos por hacer de la sociología una ciencia generalizante también toman en consideración a la *agencia*, pero no para deshonrarla, sino para ubicarla en un sistema de explicación probabilística, como parte que es de la cultura.

¿PUEDEN LOS SOCIÓLOGOS PRODUCIR EXPLICACIONES GENERALES?

He argumentado con firmeza que nada de la crítica humanística pone en duda la habilidad de la sociología para explicar la estructura y el cambio en las sociedades humanas. En esta sección sugiero que *lo que sí es problemático* es saber en qué grado tales explicaciones y principios pueden ser generales en lo que se refiere a su alcance.

La cuestión *no es*, me parece, si deberíamos ponernos a producir explicaciones generales. Las operaciones de la ciencia –definir constructos, decidir cómo hacerlos operar, diseñar y probar las hipótesis– ejercen una saludable influencia sobre la construcción de teorías, permitiendo que uno afine sus argumentos hasta lograr una claridad que de otra manera sería elusiva. La cuestión en cambio *sí es* en qué grado el valor reside en la disciplina misma (como si estuviéramos sujetos a una especie de práctica zen de la ciencia) o en sus resultados.

Charles Tilly y Viviana Zelizer establecen este dilema extraordinariamente bien en sus respectivos capítulos. Aunque ninguno de los dos va tan lejos como William Blake (anotación de Blake en *The Works of Sir Joshua Reynolds*, citado por Weil, 1990) (“generalizar es ser un idiota; particularizar es la única distinción de mérito”), ambos son excépticos acerca de los prospectos de la generalización. Tanto Tilly como Zelizer encuentran patrones en la vida social, pero en el contexto de formas más amplias de particularización. Para ambos el patrón reside en los mecanismos que producen las particularidades, no en los resultados mismos. Entonces, la explicación implica el despliegue de principios estructurales para poder tomar en cuenta los eventos particulares, más que ponerse a predecir grandes cantidades de esos eventos de forma probabilística.

El ensayo de Tilly pone en claro cuánto ha hecho la sociología causa común con la historia en los años recientes. Los comparativistas absorben vastas y múltiples literaturas históricas nacionales, a las que con frecuencia también contribuyen. Los institucionalistas recurren a los archivos para examinar la construcción de formas organizacionales. Los modelos dinámicos y los análisis de secuencias absorben la atención de aquellos inclinados a las estadísticas y las matemáticas. Otros más buscan las implicaciones de la narratividad para la sociología, ya sea por medios formales o discursivos.

La historia tiene dos lecciones para ser aprendidas por la sociología. Una se refiere a que nuestros modelos causales deben ser temporales, de ahí que debemos poner atención al orden en que ocurren las cosas; esto es, la generalización, para ser poderosa, debería incorporar la secuencia. La otra lección —por cierto bastante diferente de la anterior— se refiere a que los objetos o unidades sobre los cuales escribimos están tan completamente reconstituidos por la historia, y la interacción de los agentes históricos es tan compleja, que en vano vamos en busca de generalizaciones explicativas. Aunque ambos puntos pueden ser encontrados en el ensayo de Tilly, como Ira Katznelson (Erikson, 1997: 95-99 [T.]) ya lo hace notar, creo que su mayor empuje se identifica con la segunda lección, además de que su crítica de la generalización predictiva es relevante mucho más allá de la sociología histórica comparativa. Sin embargo, en cierto sentido, la *generalizabilidad* no es lo que importa. Más bien, las posibilidades de lograr generalizaciones residen en tres asuntos separados entre sí: la especificidad, la complejidad y el alcance. Veamos.

Especificidad. En la base del problema está la tensión ubicua entre la estructura y la especificidad, entre la forma y la sensación de la vida social, que forma parte del objeto mismo de la sociología. Tal tensión es asumida de diferentes maneras por las distintas ciencias humanas, pero, como siempre, la solución de la sociología refleja su generalismo. Los economistas y (quizás un poco menos) los psicólogos, han optado por la abstracción, los primeros al tratar con los gustos y las preferencias concretas como si fueran cosas exógenas, y los últimos, midiendo actitudes más que orientaciones. Por su parte, los antropólogos y los historiadores han escogido la especificidad. En contraste con todos ellos, los sociólogos tratan de hacer ambas cosas, y a veces tienen éxito desarrollando métodos, ideas y enfoques teóricos desde la confrontación entre sus aspiraciones generalizantes y las “diferencias irreductibles” –para usar el término de S.F. Nadel– de las sociedades humanas concretas y los sistemas culturales.²² Sin embargo, lo que con frecuencia se da es un engarce incómodo entre por un lado las categorías estructurales y formales (e.g., tamaño y número) que permiten una mayor abstracción y, por otro, las categorías substantivas (e.g., individualismo y género) que frecuentemente reflejan variaciones locales de sistemas de significado y clasificación.

Mientras uno se va moviendo desde la investigación contemporánea en una sociedad específica hacia el trabajo histórico comparativo, incluso las categorías estructurales pierden su *generalizabilidad*. El ensayo de Merton (Erikson, 1997: 225-253 [T.]) sobre la ciencia en la parte II de este libro contiene dos citas de Lewis Carroll: una que Carroll pone en boca del Humpty-Dumpty de *Alicia en el país de las maravillas* en la cual se refleja la devoción del científico por las denotaciones precisas (aunque en el caso de Humpty es puro capricho), y la otra que hace a nombre propio y refleja la apreciación humanista por la connotación y la ambigüedad. ¿En qué punto de ese *continuum* está el sociólogo? Tilly y Zelizer cuestionan la naturaleza de las unidades que con frecuencia los sociólogos desean generalizar: ¿están los constructos del tipo *familia, dinero, clases* o *estado* suficientemente fijos en el tiempo (o en el espacio) como para hacer generalizaciones significativas? O, ¿no será que nues-

²² S.F. Nadel (1975). Sin duda existe una distinguida y fructífera tradición generalizante en la sociología estructural (por ejemplo Bell menciona a Georg Simmel en este sentido). Pero en años recientes los estructuralistas más destacados han estado tomando crecientemente en cuenta a la cultura y al significado (véase la discusión de Tilly [Weil, 1990] sobre repertorios de acción, o también véase White [1994]).

tros constructos, como sucede con los bártulos de croquet de Alicia, se despliegan con diferentes formas en la medida en que el juego va avanzando?

Complejidad. Tilly critica lo que él denomina como monadismo, esto es, la creencia de que la historia es impulsada por los comportamientos de mónadas²³ autodirigidas; que esos comportamientos crean estructuras y procesos recurrentes, y que el trabajo de la sociología es desarrollar modelos que expliquen el mayor número de resultados invariantes. “La historia real”, argumenta Tilly, “si es observada con cuidado, no se da en trozos netos recurrentes, sino que se despliega y avanza como lo hace una vid en crecimiento... Es cierto que los procesos sociales siguen fuertes regularidades, pero nunca se repiten; las regularidades residen en los mecanismos causales, no en las estructuras recurrentes o en las secuencias”.

Tilly identifica dos problemas. El primero es reconocido como problema de especificidad. El segundo es el de complejidad, y se refiere a que, aunque uno pudiera tratar a todas las unidades como si fueran equivalentes, las interacciones que producen resultados históricos se vuelven más numerosas y más complejas en la medida en que se va incrementando el alcance o cobertura de la atención que uno decide (o necesita) considerar. De ahí que si se concede que hay principios generalizables de la interacción social a nivel de diádas o de grupos pequeños, los procesos que estudia Tilly se dan a partir de interacciones repetidas por miles, e incluso millones de diádas y grupos, volviendo los principios generales del microanálisis más útiles para interpretar la historia que para explicarla de manera probabilística. La operación co-ocurrente de muchos mecanismos sociales –todos legítimos por derecho propio– sólo podría ser captada con referencia a los efectos de la interacción por vías múltiples (cosa que se describe como el efecto de una variable sobre un resultado, en tanto que aquella es contingente en el estado de una segunda variable, quizás a su vez dependiente ella misma de la condición de una tercera). Estas proposiciones generales pueden ser posibles en teoría, pero la generalización es imposible de lograr en la práctica, primero porque la complejidad de la interacción causal que debe ser especificada para crear un modelo exhaustivo apabulla

²³ Según D. Runes (1981), en breve una mónada sería una “unidad metafísica con vida autónoma e independiente de la naturaleza de sus relaciones con otros seres” [T.].

los límites cognitivos de la mente humana; y segundo, porque aun si un modelo tal pudiera ser desarrollado, este *parecería* más historicista que general.

¿Habrá algunas salidas a este dilema? La más simple –favorecida por algunos estructuralistas– es negarlo: más que mirar el comportamiento del estado o de las clases reuniendo las actividades de la gente comprendida en ellos, uno puede tratar a todas las unidades como sujetas a leyes naturales similares, en gran medida independientes de procesos que operan a niveles más micro del análisis. Aunque esta posición ha tenido vigorosos defensores, no es una posición para la que muchos sociólogos parezcan encontrarse preparados para adoptarla.

La noción de ‘dependencia de la trayectoria histórica’ [*historical path dependence*] –esto es, la dependencia de los resultados que no sólo se da respecto de las condiciones sociales que rodean a los hechos, sino la derivada de la secuencia de eventos que ha precedido a tales resultados– sería una segunda clase de resolución. Potencialmente uno podría convertir a la historia en generalizaciones explicativas al tratar directamente la naturaleza y el orden de los eventos (e.g., los estadios de la organización revolucionaria, o los empleos a lo largo de la vida profesional de una persona) como si fueran las variables de un modelo (Abbott, 1983: 129-147). En tercer lugar, uno puede reconocer de una sola vez la complejidad del conocimiento y conservar así la generalización por medio de desarrollar modelos que subdividan a las sociedades, grupos, ramas productivas u organizaciones en diferentes tipos de componentes y, en consecuencia, postular diferentes mecanismos causales que den forma al comportamiento de las unidades más pequeñas en cada una de las divisiones hechas.

Las soluciones segunda y tercera en realidad son una sola, esto es: se trata de desarrollar modelos generales con muchos efectos de interacción. La crítica de Tilly referida a la insuficiente complejidad (que no a la insuficiente especificidad) de los modelos “invariantes”, se satisface una vez que uno introduce esas perturbaciones, ya que se demuestra que “generalización” e “historicismo” no son mutuamente excluyentes: mientras más complejos los efectos de la interacción, más consistente será la generalización explicativa con la apreciación de las particularidades históricas. Si bien podemos encontrar principios generales, no es probable que éstos sean altamente abstractos ni *elegantes*.

Además, es muy probable que esos principios no parezcan ser “tan científicos”. El problema es que, hasta un cierto y bien definido punto, la complejidad de un modelo rebasa la capacidad de nuestro cerebro para aprehenderlo. Imagínese por ejemplo un modelo estadístico que pretenda explicar la violencia política en las campañas electorales urbanas recurriendo a cinco variables, cada una de las cuales (y sólo por simplificar) pueda asumir uno de tres valores posibles. Imagínese además que ese modelo explica el 80 por ciento de la varianza en violencia como función de los efectos de la interacción entre esas variables. A pesar de que los modelos con alto poder explicativo son más bien escasos en sociología, es muy poco probable que éste sea reconocido como una verdadera innovación decisiva. Esto se debe a que uno tendría que entender la conexión existente entre por un lado al menos 243 distintos tipos de campaña y, por el otro, la extensión de la violencia del tumulto para poder llegar al punto que interesa.²⁴ Los lectores llegarían a perderle la pista a una tipología como esa a la altura del sexto o séptimo tipo, y entonces muy pronto desearían a los autores del modelo por considerarlos historicistas incurables. En contraste, un investigador que tenga éxito en explicar el 80 por ciento de la varianza como resultado de los principales efectos de las cinco variables, sin interacciones de por medio, podría hasta llegar a impresionar, pero esa sería la clase de explicación general altamente abstracta que ordinariamente se vuelve inalcanzable por la complejidad que describe Tilly.

Alcance. Algunos de los debates sobre la *generalizabilidad* reflejan la laxitud mostrada por muchos académicos en cuanto a especificar las condiciones del alcance de sus generalizaciones (Walker y Cohen, 1985: 288-301). En realidad no se trata de si “los sociólogos pueden o no hacer generalizaciones científicas”, sino más bien a qué rango de generalización científica pueden aspirar. El argumento más elocuente a favor de las generalizaciones de alcance modesto se encuentra en el clásico ensayo de Merton (1949) sobre las teorías de alcance medio; en esto —como en varias otras cosas— la posición mertoniana se ha llevado las palmas. Tilly nos lo recuerda cuando dice que “no se redescubre la historia para hacer que los modelos se ajusten a grandes tajadas de tiempo y espacio”.

²⁴ $243 = 3$ [valores] a la 5a. [variables] potencia. Claro que en la vida real un modelo tal casi con seguridad también contendría efectos de interacción de 2, 3 y 4 vías, haciendo el problema aún más complicado.

La reducción del alcance explicativo es una solución a los problemas de especificidad y complejidad. Las unidades a las que se aplican constructos uniformes se vuelven más similares entre sí y el número de interacciones que deben ser tomadas en cuenta va disminuyendo en la medida en que reducimos las generalizaciones a franjas sucesivamente más pequeñas de tiempo y espacio. Además, las condiciones de alcance pueden en sí mismas convertirse en parámetros de modelos más generales (aunque quizá menos elegantes) en que se especifiquen las maneras por las cuales los mecanismos causales pueden ser contingentes sobre determinados escenarios de espacio y tiempo.

Para complicar todavía más las cosas, la sociología ha venido luchando con la noción de causalidad, sobre la cual se sustentan muchos de los esfuerzos para construir sistemas de proposiciones generales. Por otra parte, la noción de *agencia* se ha convertido en *el chile de todos los moles* macroteóricos contemporáneos (desde la teoría de la estructuración hasta la teoría de la elección racional) que enfatizan la capacidad de los seres humanos para determinar sus destinos en franco desafío (y quizás en reacción reflexiva) a las regularidades que los científicos sociales mismos han descubierto en las experiencias del pasado. En este volumen, el ensayo de Wolfe ejemplifica esta posición. Por otra parte, las teorías de alcance medio se han venido volviendo cada vez más relacionales, esto es, considerando a la sociedad como una red o campo de relaciones en que las unidades están “empotradas” [incrustadas, embebidas, montadas] de diferentes maneras, tomando a las relaciones –más que a los actores– como unidades para propósitos de explicación. (En este volumen, los trabajos de Tilly y Zelizer son ejemplos del pensamiento relacional, al igual que el trabajo de William Julius Wilson (Erikson, 1997: 123-151 [T.]), sobre todo cuando éste describe la pobreza como constituida por relaciones entre la gente de comunidades de bajos ingresos y entre comunidades de la sociedad amplia; Erikson capta lo mismo pero de mejor manera cuando dice que los sociólogos entrenan la mirada para observar “en los *espacios entre* individuos que se intersectan...”).

Los enfoques centrados en los *agentes* y en las relaciones son como dos extraños compartiendo una cama, dada la fuerte tradición durkheimiana en la que se inscribe el análisis de redes sociales que considera que las relaciones diádicas se agregan para formar estructuras que constriñen a los actores que las establecen. Lo que tienen en común esos enfoques es su rechazo a la prominencia concedida a las explicaciones

que dan pie a afirmaciones referidas a los efectos estadísticos de algún atributo o característica de una(s) persona(s) o una(s) colectividad(es) sobre los atributos o características de otra(s) persona(s) o colectividad(es), posición que Andrew Abbot ha descrito como “realidad lineal ordinaria”.²⁵ El desarrollo de tales posiciones –como también de los métodos de investigación y de análisis de datos que dan cuerpo a sus presupuestos– enriquece y complica todavía más la cuestión de la *generalizabilidad*.

UNA CUESTIÓN DE BALANCE

He venido argumentando que, en su definición amplia, la sociología es una ciencia orientada a la producción de generalizaciones lícitas acerca del mundo de lo social. Aunque también he argumentado que existen razones para dudar sobre el punto hasta el cual es factible que nuestras generalizaciones sean tan elegantes como suficientemente extensas en cuanto a su alcance. ¿Cuán científica –en los varios sentidos del término– puede ser la sociología? En última instancia (como les encanta decir a los sociólogos), eso es una cuestión empírica. Las metas de la generalización son nobles, pero si las metas de los procesos científicos son los principios abstractos, hay momentos clave del proceso en que se requiere del empleo de las herramientas de la búsqueda humanística y del pensamiento crítico. Parece que con frecuencia la postura metodológica apropiada no es ni humanística ni científica, sino el ir *contracorriente*.

Si los estudios de casos han proliferado en alguna área de búsqueda, y la reflexión metodológica ha comenzado a abrumar a las conclusiones salidas del proceso de investigación, probablemente es que ha llegado el momento de refinar los conceptos, de trabajar en cuestiones de medición, de compilar unos cuantos grandes conjuntos de datos y comenzar a poner a prueba las hipótesis. Si por el contrario, un subcampo se ha vuelto paradigmático y la investigación se basa en poner hipótesis a

²⁵ Andrew Abbott (1988: 189-196). Una tercera perspectiva no presentada en este volumen relaciona esas perspectivas al centrarse en la forma en que las agencias generan estructuras empotradas. Desde esta perspectiva, los sociólogos explican las estructuras cuando pueden identificar las reglas de la interacción social y crear las representaciones matemáticas de dichas reglas en la forma de modelos generadores de macroestructuras contra las cuales las estructuras existentes puedan ser comparadas. Véanse los trabajos de Bruce H. Mayhew (1984: 259-281), y de Thomas J. Fararo (1989).

prueba con el fin de discutir o reelaborar los principios establecidos, entonces puede ser que ya se haya llegado al momento en que los estudios de caso deban ofrecer la posibilidad de sumergirse en el baño de la experiencia vivida, quizás entrando en una o dos polémicas teóricas para sacudir un poco el estado de las cosas. Desde esta perspectiva, quizás no sea un signo de fragmentación sino, por el contrario, de buena salud, el hecho de que la sociología haya venido experimentado tanto el desarrollo de varios enfoques crecientemente sofisticados para el análisis cuantitativo de datos como la revitalización del enfoque de trabajo de campo para el estudio de casos.²⁶

Lo que es claro, según me parece, es que no deberíamos estar buscando una tercera vía o un justo y armonioso medio entre las humanidades y las ciencias naturales, sino que deberíamos celebrar el choque de las epistemologías y la existencia de las diferentes maneras del conocer. Si la sociología fuera el producto ilegítimo de la unión entre la ciencia y las humanidades, entonces debería celebrar su bastardía, comenzando por reconocer que en las tensiones que se dan entre su lado científico y su lado humanístico reside la fuente de su ventaja generalista.

LOS SOCIÓLOGOS COMO GUARDIANES DE BIENESTAR GENERAL

Si los sociólogos con frecuencia se han desempeñado como científicos que persiguen el conocimiento por el conocimiento mismo, también han buscado emplear su oficio para propósitos públicos, relacionando —como lo dijo C. Wright Mills— los problemas privados con los asuntos públicos, ya sea diagnosticando los males sociales, poniendo a prueba las presuposiciones de las soluciones de política pública que se han sugerido, o evaluando la eficiencia de los programas gubernamentales. Este papel está bien representado en este libro con las contribuciones de Wilson, Bell y Moynihan.

La forma en que los sociólogos han concebido su personalidad pública ha variado con el tiempo. En la visión de Comte, su papel era mostrar un comportamiento literalmente sacerdotal, poniendo en práctica sus habilidades de estadistas en tanto que presidían sobre la

²⁶ Sobre los enfoques cuantitativos véase la obra de Gerhard Arminger, Clifford C. Clogg y Michael E. Sobel (1995). Sobre el enfoque de estudios de caso véase Michael Burawoy (1991) y Charles C. Ragin y Howard S. Becker (1992).

práctica de la nueva religión de la humanidad. Otros, como Karl Marx o figuras transicionales más modestas como Pitirim Sorokin y J.L. Moreno, fueron de estilo profético. Sorokin creía que las intuiciones científico-sociales podían conducir a una era de paz mundial; Moreno (quien reportó que tenía comunicación directa con Dios) pensó que Utopía podía ser alcanzada por el empleo deliberado de la sociometría y del psicodrama, cosas ambas que fueron inventadas por él.²⁷

Max Weber (uno de los primeros en escribir acerca de trascender la tensión entre objetividad académica e involucramiento cívico) predijo que prevalecería una más modesta y secular visión de la personalidad sacerdotal del sociólogo. Al menos en los Estados Unidos, los sociólogos fueron figuras centrales en el desarrollo de las políticas públicas en el periodo que va de los años treinta a los años setenta. Cuando el presidente Herbert Hoover²⁸ le pidió a Charles [sic] Ogburn²⁹ dirigir una comisión sobre las tendencias recientes de la sociedad, se ratificó la importancia de la sociología para la hechura de las políticas públicas.³⁰ Para finales

²⁷ Pitirim A. Sorokin (1941). Mis comentarios sobre Moreno se basan en el recuerdo de la grabación de un disco que creo que se llamaba “J.L. Moreno Speaks” [Habla J.L. Moreno], el cual el profesor Ron Breiger compartía con su seminario de redes sociales en Harvard a mediados de los años setenta, en el cual Moreno relataba sus conversaciones personales con Dios. Aunque la grabación pasó a la historia y hoy no existe información precisa disponible, Breiger recuerda que fue una producción del Instituto de Investigación Sociométrica, de Dobbs Ferry, Nueva York.

²⁸ El nombre de pila de Ogburn era William, no Charles, y en realidad fue coautor, con Howard W. Odum, del estudio encargado por Hoover [T.].

²⁹ Ogburn, sureño de Georgia nacido en 1886, se desempeñaba como el 19° presidente de la American Sociological Society en 1929 cuando Hoover le hizo el mencionado pedido. Trabajaba en la Universidad de Chicago e inauguró su presidencia de la ASS con la alocución titulada “Folkways of a Scientific Society”. Su inclinación por las mediciones y el empleo de la estadística en sus investigaciones le venía de la influencia que Giddings (uno de los “cuatro padres” fundadores de la sociología norteamericana, su profesor en la Universidad de Columbia en 1908) ejerció en su formación, después de lo cual el empleo de los métodos cuantitativos se extendió en las ciencias sociales norteamericanas. Pero antes de dedicarse a la academia, Ogburn se había desempeñado como burócrata (en la oficina de costos del Comité Nacional del Trabajo en Tiempo de Guerra y como agente especial de la Oficina Estadounidense de Estadísticas Laborales). Algunos de sus más famosos libros son: *Progress and Uniformity in Child-Labor Legislation: A Study in Statistical Measurement* (1912); *Social Change with Respect to Culture and Original Nature* (1922); *The Social Sciences and their Interrelation* (1927, en coautoría con Alexander Goldenweiser); *American Marriage and Family Relationships* (1928, en coautoría con E.R. Groves); *The Economic Development of Postwar France: A Survey on Production* (1929, en coautoría con William Joffé), y *American Society in Wartime* (1944). Para mayor información sobre el papel de Ogburn en la introducción de la estadística en la metodología sociológica norteamericana, véase Howard W. Odum (1951) [T.].

³⁰ En Roscoe y Gisela Hinkle (1959: 99) los autores dicen que “La obra en dos volúmenes *Recent Social Trends* (1933), que abarca las investigaciones emprendidas a pedido específico

de los años sesenta, el gobierno federal en expansión se había comprometido en varios experimentos sociales de largo alcance como parte de su manera de entender el compromiso asumido de aprendizaje institucional permanente. Por un tiempo pareció que el anhelo de Comte se iba a cumplir.³¹

Más recientemente, el ímpetu en la expansión del Estado —y con él, el lugar elevado de las ciencias de las políticas públicas— ha venido amainando. Cuando en los discursos públicos se identifica a los ciudadanos como parte de una comunidad, se retrata al Estado como fuente de soluciones y se aspira a hacer una rutina del aprendizaje social, de ahí que los reclamos de la sociología por atención y apoyo públicos se basan en sus contribuciones al análisis de las políticas públicas. Sin embargo, cuando la comunidad se encoge ante los ojos públicos y los problemas sociales comienzan a ser definidos como descontentos individuales más allá del alcance del gobierno, los sociólogos son menos un socio del poder que una fuente potencial de estorbo y reproches para éste, con las predecibles consecuencias para el avance de la disciplina.

ANÁLISIS DE POLÍTICAS Y EL PROBLEMA DE LA PREDICCIÓN

Lo que no estaba tan visible a esas alturas del romance entre el gran gobierno y la ciencia social era la fragilidad de la relación. Algunas de las fuentes de esa fragilidad residían en la naturaleza misma de la ciencia social. Como Bell hace notar, uno puede ser tan sofisticado como quiera acerca de la diferencia entre explicación y predicción, pero en última instancia, los políticos responsables y los que hacen las políticas deben mirar al futuro y desarrollar programas con base en lo que observan.

del presidente Hoover en 1929... intentó explorar la amplitud y dirección de los cambios registrados en diversas facetas de la sociedad norteamericana. Empleando datos cuantitativos siempre que fuese posible, esos volúmenes y la correspondiente serie de monografías basadas en el estudio principal, revelan las tendencias en tecnología, economía, estructura poblacional, vida familiar, recreación, urbanización, educación y otros aspectos de la vida norteamericana". Los Hinkle terminan diciendo que "Por muchos años, el *Recent Social Trends* fue obra de consulta imprescindible para las entidades gubernamentales y docentes de ciencias sociales por igual. La obra quedó como un jalón en materia de investigaciones sociales" [T.].

³¹ Véase el mordaz análisis de Alvin Gouldner (1970: cap. 9) sobre la afinidad entre la sociología funcionalista y el crecimiento del estado de bienestar.

Pero como hemos visto, la sociología no está bien equipada para generar predicciones confiables sobre la mayoría de las cosas acerca de las cuales los hacedores de políticas quisieran poder adivinar. Los sociólogos y otros científicos sociales son adeptos a predecir las respuestas de los individuos a los cambios en los incentivos materiales de cualquier momento. Son bastante menos eficientes prediciendo cosas tales como una reestructuración económica masiva, un resurgimiento religioso o las dislocaciones geopolíticas, o sea, cosas que alteran los cálculos con que los individuos toman sus decisiones. Y todavía son mucho menos buenos en predecir los contornos del cambio político e institucional. (Aunque de seguro siempre hay unos cuantos científicos sociales con visión de largo alcance –como Moynihan y Randall Collins, que predijeron la caída de la Unión Soviética– siempre habrá muchos más que *saltarán* para explicar por qué aquellos deben estar equivocados).³² El villano, como siempre, es la complejidad de la vida social y los efectos de la interacción que uno debe tomar en cuenta para hacer cualquier tipo de predicción, sin mencionar las intrusiones puramente estocásticas que intervienen para desviar de su camino incluso a las corrientes más rápidas y directas.

La sabiduría, entonces, aconseja evitar la pretensión de que podemos predecir el futuro (por la misma razón que nos hace cautos acerca de los prospectos de la generalización abstracta), aunque la relevancia de la política requiera que nos anticipemos. La mayoría de las intervenciones sociológicas no necesita de gran precisión: las premisas detrás de muchas políticas públicas en estos días son tan defectuosas que en realidad todos sabemos todo lo que se necesita saber para explicar por qué esas políticas están condenadas al fracaso. Si una política está más cercanamente a tono con los principios de la ciencia social, la distinción de Bell entre conocimiento científico, adivinación intuitiva y profecía por ambigüedad, ofrece una solución al dilema. En determinado momento, sea que haya sido empujado por la esperanza o por la arrogancia, el científico social comprometido debe dar un salto basado en la fe (como Moynihan describe su propia decisión de llamar la atención a los cambios que estaban sucediendo en las familias afroamericanas) y empujar la ciencia tan lejos como se pueda, dejando que la intuición se haga cargo del resto.

³² Acerca de este fenómeno, véanse los artículos de Randall Collins (1995: 1528-1551), (en el que el autor recuerda la fría recepción que su predicción sobre la caída del estado soviético tuvo que enfrentar en un seminario en Yale en 1980), y de Timur Kuran (1995: 1528-1551).

PROGRESO SOCIOLÓGICO Y DISCURSO PÚBLICO

Aunque la sociología esté generando conocimiento útil, puede ser difícil hacer que los hacedores de políticas pongan suficiente atención. Como David K. Cohen y Michael Garet observaron hace ya dos décadas, la buena investigación genera lo opuesto a la colección de “agudezas profundas” que forman lo que hoy se toma por discusión política en nuestro ambiente social. En realidad, mientras mejor sea la investigación, menos concluyentes son los resultados, ya que la buena erudición hace distinciones que reflejan la complejidad y la contingencia del mundo (Cohen y Garet, 1975: 17-43). Este es más un problema en sociología que en economía, ciencia ésta que a veces es nuestra asociada y a veces nuestra rival en el debate sobre políticas. La economía tiene dos ventajas. Primero, posee un poderoso marco para elaborar modelos en que los resultados agregados salen de las preferencias individuales, lo que hace que sus presupuestos sobre el comportamiento sean relativamente fáciles de entender. Y segundo, tiene una ideología (un individualismo radical) que es afín a la ideología de las élites políticas norteamericanas, lo que hace que sus errores sean más fáciles de pasar por alto.

En contraste, los sociólogos interpretan el mundo como es. Wilson [véase Walker y Cohen, 1985: 288-301] encuentra que la pobreza afroamericana se ha exacerbado no sólo por los cambios económicos estructurales, sino también por la concentración de los pobres en determinados vecindarios (que a su vez afecta las redes de recursos a las que éstos tienen acceso) y por los impactos psicológicos negativos del racismo y de la movilidad descendente. ¡Trate usted de encontrar una frase como ésta en las noticias de las 7 a.m.! Es mucho más fácil tirar la pobreza a los pies del racismo, de la cultura, o del cambio económico, a pesar de que ninguna de esas “profundas agudezas” en sí misma dará una adecuada explicación del problema, o al menos alguna orientación útil para encontrar soluciones al mismo.

El programa de investigación que Wilson describe, claramente ha producido mucho conocimiento de utilidad. Sus resultados capacitan a quienes hacen las políticas para entender la pobreza suficientemente bien como para *modelizarla* y, de ahí, predecir los resultados de las intervenciones de política pública (al menos en la medida en que la experiencia, la destreza y el conocimiento les capacite para implementar tales medidas de manera adecuada). Las recomendaciones de política del propio Wilson comprenden un mosaico de medidas pequeñas y re-

lativamente baratas—organizar un “rol” mañanero de “aventones” entre vecinos yendo hacia la oficina; bolsas de trabajo; reformas a los programas de entrenamiento laboral— más que iniciativas costosas y audaces (excepto quizás por las medidas dispersas de asistencia habitacional). Pero su complejo diagnóstico no conduce (ni podría ni debería conducir) a una sola receta transparente que pudiera ayudar a resolver la crisis de voluntad política causada por los golpes de los gobiernos conservadores, ni la “reforma” de la arrogancia de los científicos sociales descrita en el capítulo de Moynihan en este libro.

*PRECONDICIONES SOCIALES PARA
EL ANÁLISIS SOCIOLOGICO DE LAS POLÍTICAS*

La asociación entre los científicos sociales y los hacedores de las políticas públicas es frágil en gran medida porque descansa sobre una serie de asunciones que generalmente se quedan sin discutir hasta que son violadas. Un primero y más bien simple presupuesto es que existen hechos del mundo social que siguen sin ser descubiertos. Cuando la sociología estaba siendo enjuiciada en Yale, varios elementos de la administración (aunque también unos cuantos en el resto del campus) fueron impermeables al argumento de que la disciplina había hecho una contribución fundamental al análisis de las políticas, porque parecían pensar que todo lo que uno necesitaba conocer acerca de la condición humana podría ser encontrado en los trabajos de Aristóteles y Cicerón (y quizás en los de Catón el Viejo).

Un segundo e igualmente básico presupuesto es que el gobierno debería tratar de resolver los problemas sociales. Arthur Stinchcombe hizo notar que los sociólogos tienden a interesarse en “hechos acerca de los cuales el gobierno y la economía no tienen control” (Stinchcombe, 1994: 284). Por su parte, los líderes políticos que piensan que la economía —o “el mercado”— puede resolver satisfactoriamente todos nuestros problemas, o bien que el gobierno es incapaz de resolver alguno de ellos, o ambas cosas, encuentran a los sociólogos tan útiles como los flamings de plástico rosado en el jardín de las casas suburbanas clasemedieras, y tan bienvenidos en los debates públicos como las hormigas sobre las tortas de un día de campo.

Un tercer presupuesto relacionado con los anteriores, es que una acción efectiva de gobierno requiere de aprendizaje organizacional;

que los programas sociales deben ser implementados, estudiados y, luego, reformados con base en la evaluación, antes de que siquiera medianamente funcionen. Cuando un programa de vacunación para niños pobres está en peligro de ser eliminado por el Congreso porque la agencia responsable no lo ha planteado correctamente dentro del plazo de los 18 meses reglamentarios para que se apruebe una legislación, es que la idea de aprendizaje sistemático ya ha asestado un golpe muy severo.³³

Estos puntos son fáciles de entender, pero una más escurridiza (aunque igualmente importante) precondition para que se dé una relación productiva entre la ciencia social y las políticas públicas es la noción de comunidad que anima el discurso público. El pronombre “nosotros” aparece con frecuencia en la prosa de los sociólogos interesados en los asuntos relacionados con las políticas (aunque quizás hoy menos que en el pasado). A veces ese “nosotros” se refiere a un conjunto de públicos que saben algo acerca del mundo como resultado de la investigación realizada por las ciencias sociales, como en el caso de frases del tipo “todos somos conscientes del costo que impone la criminalidad en la vida de los residentes de los barrios pobres”. Otras veces se refiere a los miembros de una colectividad que toma la responsabilidad de algún bien público, como cuando se dice “tenemos nuevas maneras de prevenir la degradación de nuestro medio ambiente”. Y todavía en otras ocasiones, el uso de la primera persona del plural quiere significar cierto compromiso con un sentido incluyente de membresía social, como cuando se dice “todos nuestros niños deben tener la oportunidad de acceder a la educación de primera clase”. Aunque a veces los científicos sociales operan en esos tres niveles al mismo tiempo, por ejemplo cuando dicen cosas como “sabemos que no podemos asegurar que las madres pobres encuentren trabajo sólo porque las echamos del sistema de bienestar, y no debemos permitir que nuestros niños se vayan a dormir con hambre”.

Se necesita de una cierta definición de comunidad, de un sentido compartido de identidad colectiva, para que tales pronombres en

³³ *New York Times* (domingo 25 de junio de 1995), p. 1. Huber (1995: 201) sugiere que la tendencia de la sociología a atraer estudiantes activistas y con mentalidad reformadora le resulta costosa a la disciplina porque tales estudiantes nunca dejan una buena impresión en los empresarios que participan en los comités de administración de las universidades y los colegios. Es probable que eso fuera cierto sólo en ausencia de un Estado activista orientado a las reformas que legitimase y recompensara el trabajo de académicos y estudiantes inclinados a las reformas.

primera persona parezcan plausibles y persuasivos. ¿Qué queremos decir con ese “nosotros”? ¿Cuáles son las fronteras que separan a quienes están dentro de los que están fuera de nuestra definición de comunidad? Las formas en que los científicos sociales usan el término “nosotros” comienzan a sonar un tanto extrañas cuando las identidades políticas de derecha como las de izquierda desafían los supuestos de un destino y un propósito comunes; cuando existe desconfianza sobre la autoridad cultural de la ciencia; cuando su rechazo desde ambos polos erosiona la capacidad de los científicos sociales para presentarse como portadores de conocimiento; cuando los líderes políticos primero reducen el criterio de membresía social por afinidad al criterio de ciudadanía formal, para luego poder tomar decisiones y cuando se hace bajo condiciones de emergencia o excepción. Sin un “nosotros” acerca del cual hablar, la sociología pierde terreno retórico, ya que tanto su influencia moral como la idea de “sociedad” serán menos significantes, sea como sujetos de búsqueda u objetos de acción.

Una notable línea de erudición sociológica que comenzó con Weber reflexiona acerca de las conexiones entre la fe religiosa protestante y el surgimiento y expansión de la racionalidad. En este volumen, Smelser hizo notar el papel prominente que ha jugado la cristiandad protestante en la emergencia de la sociología en los Estados Unidos. Aunque sus comentarios se refieren al pasado, también pueden ser aplicables al presente. Smelser describe la tradición reformista de la sociología como el fundamento para sus intervenciones en el campo de las políticas, y nota que ese impulso entraña una identificación con los oprimidos y un compromiso en describir los detalles de sus vidas. La afinidad entre esa misión y la tradición testimonial del protestantismo liberal es evidente. En años recientes, el movimiento evangélico ha crecido poderosamente mientras que las denominaciones liberales han venido disminuyendo en tamaño e influencia. ¿Hasta qué punto la “estructura de plausibilidad” —como diría Peter Berger— que ha venido sosteniendo la credibilidad de la sociología como una de las ciencias de políticas, ha resultado fundamentalmente debilitada por el declinamiento del protestantismo liberal (con su noción de testimonio y su holgada definición de la familia humana) del cual surgió la disciplina?

Jean Bethke Elshtain (Erikson, 1997: 57-65) también trata el tema de la comunidad en su discusión de los papeles de la retórica (discurso persuasivo) y de la dialéctica (como búsqueda colaborativa de la verdad) en las intervenciones de los intelectuales en asuntos de políticas. Elshtain

elocuentemente defiende la retórica como “parte esencial de cualquier intento coherente por arribar a la verdad”, pero especifica que sus comentarios son aplicables a los “intentos por persuadir *al interior de una comunidad de lenguaje*” (cursivas mías). Sospecho que la mayoría de los analistas de políticas detectan muy poca tensión entre retórica y dialéctica, debido quizás a que creen que una desinteresada búsqueda de la verdad refuerza sus formas de proceder. Pero quizás esto sólo sería verdad si, primero, todo mundo estuviera de acuerdo en emplear las palabras de la misma manera y, segundo, si las verdades que se buscan se refieren a los medios, más que a los fines, de las políticas. Si la dialéctica y la retórica no forman parte de una comunidad de valores y significados compartidos, entonces el análisis de políticas se vuelve una actividad bastante menos confortable.

¿Quiere eso decir que los sociólogos ya no pueden jugar un papel público relevante? Claro que no. El trabajo de los sociólogos y el de sus colegas de las “regiones” de la economía y de la ciencia política que se orientan hacia las políticas siguen teniendo un importante lugar en la formación de muchas áreas de las políticas públicas. Siempre habrá periodos en que los políticos estarán más o menos atentos a las enseñanzas que las ciencias sociales tienen para ofrecer, y más o menos interesados en usar el gobierno para resolver los problemas revelados por nuestras investigaciones. Si la sociología es un elemento clave de la sociedad del conocimiento por su habilidad para iluminar los medios de las políticas públicas, es aún más indispensable como llamado a la conciencia cuando se diluye la voluntad política por resolver los problemas sociales.

Nada de esto sugiere que el papel social de los sociólogos sea simple. Ya sea escribiendo memoranda a los políticos investidos con algún cargo, redactando instrumentos legales, o escribiendo protestas por las últimas ofensas del Congreso a la sociedad, su papel está plagado de las ambigüedades morales que nos son demasiado familiares como para capturar nuestra atención y demasiado complejas como para que una discusión breve sobre ellas sea de algún provecho. No obstante, en última instancia debemos estar de acuerdo con Weber en cuanto a que cualesquiera que sean las tentaciones de los sociólogos por participar en el discurso de las políticas, pueden ser mucho peores los peligros de una empresa en ese campo que se encuentre desinformada de los valores, los métodos, las intuiciones y los hallazgos de la investigación en ciencias sociales.

CONCLUSIÓN

En 1995 el Congreso de los Estados Unidos estuvo intentando alterar el entendimiento que sobre el propósito del gobierno emergió durante el segundo y el tercer cuartos del siglo veinte. Algo similar –aunque quizá de manera menos radical– ha estado sucediendo en las democracias sociales occidentales. Si tales cambios hubieran de completarse y alcanzar la madurez, con seguridad habrían de cambiar el papel de las ciencias sociales en las sociedades contemporáneas, de la misma manera en que alterarían casi todas nuestras instituciones políticas y sociales.

Pero aunque la sociología, como todo lo demás, es vulnerable a cambios drásticos en el ambiente que le rodea, también es robusta. Debido a que está compuesta por un pequeño y muy variado conjunto de estudiosos que quijotescaamente persiguen un objeto muy vasto, la sociología es muy proclive a las crisis de fe y a las ocasionadas por la crítica externa. Pero precisamente su diversidad –o generalismo, como le he llamado aquí– le da las capacidades de resistencia, de adaptación y de crecimiento de las que precisamente carecen muchas otras disciplinas e instituciones. Algunos sucesos políticos recientes (acerca de los cuales puede ser muy temprano como para intentar evaluar sus efectos) pueden poner en riesgo el mercado, pero aumentan la necesidad de las contribuciones de la sociología al entendimiento público.

En lo interno, el campo está rebozante de vitalidad. Los sociólogos siguen discutiendo unos con otros acerca del método y la epistemología, pero, en general, las conversaciones son más sofisticadas y menos antagónicas de lo que eran hace dos décadas. Los resultados de la investigación sociológica –en cuanto a desigualdad, familia, criminalidad, sanciones y pobreza– proporcionan mucho más material de lo que había en existencia todavía hace diez años, al menos para aquellos encargados de hacer las políticas públicas y los ciudadanos que se tomen el trabajo de consultarlos.

Siempre existirán los indecisos y los desilusionados. Pero cuando Wolfe dice que “los sociólogos ya no están seguros de tener algo para ofrecerle al mundo”, es muy poco probable que esté hablando a nombre de muchos de sus colegas. La diversidad metodológica y conceptual que aporta la sociología es tan vital a la empresa científica social como la diversidad cultural lo es a la sociedad, y la diversidad biológica al

ecosistema. La sociología continúa produciendo metáforas con las cuales seguir pensando, hechos con los cuales razonar, y un entendimiento del mundo de lo social que, aunque imperfecto, provee de un mejor rango de visión que el que podría dar cualquiera otra de las alternativas disponibles. En sociología, la búsqueda del conocimiento y del entendimiento es hoy mucho más difícil, aunque la posición de la ciencia también es mucho más modesta de lo que Comte creyó que podía ser. Pero es indudable que se han obtenido muchas victorias, y la emoción de estar en la búsqueda sigue tan fuerte como al principio.



BIBLIOGRAFÍA

- Abbott, Andrew
 1983 "Sequences of social events: Concepts and methods for the analysis of order in social processes", *Historical Methods*, Vol. 16, pp. 129-147.
 1988 "Trascending ordinary linear reality", *Sociological Theory*, Vol. 6, pp. 189-196.
- Alvin, Gouldner
 1970 *The Coming Crisis of Western Sociology*, Basic Books, Nueva York.
- Arminger, Gerhard, Clifford C. Clogg y Michael E. Sobel (eds.)
 1995 *Handbook of Statistical Modeling for the Social and Behavioral Sciences*, Plenum Press, Nueva York.
- Blau, Peter
 1977 *Inequality and Heterogeneity*, Free Press, Nueva York.
- Brint, Steven
 1994 *In an Age of Experts: The Changing Role of Professionals in Politics and Public Life*, Princeton University Press, Princeton.
- Burawoy, Michael
 1991 *Ethnography Unbound: Power and Resistance in the Modern Metropolis*, University of California Press, Berkeley.
- Burt, R.S.
 1982 *Toward a structural theory of action. Network models of social structure, perception, and action*, Academic Press, Nueva York-Londres.
- Cohen, David K. y Michael Garet
 1975 "Reforming educational policy with applied research", *Harvard Educational Review*, Vol. 45, pp. 17-43.
- Cohen, Ira H.
 1996 *Anthony Giddens y la constitución de la vida social*, UAM Iztapalapa.
- Cole, Michael
 1992 *Making Science: Between Nature and Society*, Harvard University Press, Cambridge.
- Cole, Stephen
 1994 "Why sociology doesn't make progress like the natural sciences?", *Sociological Forum*, Vol. 9, pp. 133-154.
- Coleman, Richard P. y Bernice L. Neugarten
 1971 *Social Status in the City*, Jossey-Bass, San Francisco.
- Collins, Randall
 1995 "Prediction in Macrosociology: The case of the Soviet collapse", *American Journal of Sociology*, Vol. 100, pp. 1552-1593.

Comte, Auguste

1970 *Introduction to Positive Philosophy*, edición, introducción y traducción de Frederick Ferré, Bobbs-Merrill, Indianapolis.

Crane, Diana y Henry Small

1992 "American sociology since the seventies: The emerging identity crisis in the discipline", en Terence C. Halliday y Morris Janowitz (eds.), *Sociology and Its Publics: The Forms and Fates of Disciplinary Organizations*, University of Chicago Press, Chicago, 1992.

Davis, James

1994 "What's wrong with sociology?", *Sociological Forum*, Vol. 9, pp. 179-197.

DiMaggio, Paul J.

1986 "Structural analysis of organizational fields", *Research in Organizational Behavior*, Vol. 8, pp. 335-370.

1987 "Nonprofit Organizations in the Production and Distribution of Culture", en Walter W. Powell (ed.) *The Nonprofit Sector: A Research Handbook*, Yale University Press, New Haven, CT., pp. 195-220.

1990 "Cultural Aspects of Economic Organization and Behavior", en Roger Friedland y A. F. Robertson (eds.) *Beyond the Marketplace: Rethinking Economy and Society*, Aldine de Gruyter, Nueva York, pp. 113-136.

1993 "Nadel's Paradox Revisited: Relational and Cultural Aspects of Organizational Structure", en Nitin Nohria y Robert Eccles, (eds.) *Networks and Organizations*, Harvard Business School Press, Boston, pp. 118-142.

1994 "Culture and Economy", en Neil J. Smelser y Richard Swedberg (eds.) pp. 27-57 del libro *The Handbook of Economic Sociology*, Princeton University Press-Russel Sage Foundation, Princeton y Nueva York.

DiMaggio, Paul J. y John Mohr

1985 "Cultural capital, educational attainment and marital selection", *American Journal of Sociology*, Vol. 90, pp. 1231-1261.

DiMaggio, Paul J. y Sharon Zukin (eds.)

1990 *Structures of Capital: The Social Organization of Economic Life*, Cambridge University Press, Cambridge.

DiMaggio, Paul J. y Walter W. Powell (eds.)

1991 *The New Institutionalism in Organizational Analysis*, University of Chicago Press, Chicago.

DiMaggio, Paul J. y Walter W. Powell

1983 "The iron cage revisited: Institutional isomorphism and collective rationality in organizational fields", *American Sociological Review*, Vol. 48, pp. 147-160.

- Duncan, Otis Dudley
 1984 *Notes on Social Measurement: Historical and Critical*, Russell Sage Foundation, Nueva York
- Emirbayer, Mustafa y Jeff Goodwin
 1994 "Network analysis, culture, and the problem of agency", *American Journal of Sociology*, Vol. 99, núm. 6, pp. 1411-1454.
- Erikson, Kai
 1997 *Sociological Visions*, Rowman & Littlefield Publishers, Inc., Boston, Mass., EU, Oxford, Inglaterra, 295 pp.
- Fararo, Thomas J.
 1989 *The Meaning of General Theoretical Sociology: Tradition and Formalization*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Feld, Scott
 1991 "Why your friends have more friends than you do", *American Journal of Sociology*, Vol. 96, pp. 1464-1477.
- Fuchs, Stephen y Jonathan Turner
 1986 "What makes a science 'mature'? Patterns of organizational control in scientific production", *Sociological Theory*, Vol. 4, pp. 143-150.
- Giddens, Anthony
 1977 *Studies in Social and Political Theory*, Basic Books, Nueva York.
- Gieryn, Thomas F.
 1983 "Boundary-work and the demarcation of science from non-science: Strains and interests in the professional ideologies of scientists", *American Sociological Review*, Vol. 48, pp. 781-795.
- Gouldner, Alvin
 1970 *The Coming Crisis of Western Sociology*, Basic Books, Nueva York.
- Hannan, Michael T. y John Freeman
 1990 *Organizational Ecology*, Harvard University Press, Cambridge.
- Hinkle, Gisela y Roscoe
 1954 *El Desarrollo de la Sociología Moderna*, El Agora, Buenos Aires, 1959.
- Huber, Joan
 1995 "Institutional perspectives in sociology", *American Journal of Sociology*, Vol. 101, pp. 194-216.
- Jepperson, Ronald y Ann Swidler
 1994 "What properties of culture should we measure?", *Poetics*, Vol. 22, pp. 359-371.
- Kahneman, Daniel, Paul Slovic y Amos Tversky (eds.)
 1982 *Judgment Under Uncertainty: Heuristics and Decisions*, Cambridge University Press, Nueva York.

Knoke, David

1990 *Political networks. The structural perspective*, Cambridge University Press, Cambridge.

Kuran, Timur

1995 "The inevitability of Future Revolutionary Surprises", *American Journal of Sociology*, Vol. 100, pp. 1528-1551.

Lenzer, Gertrude (ed.)

1975 *August Comte and Positivism: The Essential Writings*, Harper, Nueva York.

Levine, Joel H.

1993 *Exceptions Are the Rule: An Inquiry into Methods in the Social Sciences*, Westview Press, Boulder, Colorado.

Levitt, Barbara y Clifford Nass

1989 "The lid on the garbage can: Constraints on decisionmaking in the technical core of college-text publishing", *Administrative Science Quarterly*, Vol. 4, pp. 190-207.

Lieberson, Stanley

1985 *Making it Count: The Improvement of Social Research and Theory*, University of California Press, Berkeley.

Martínez Escamilla, Víctor Hugo

1990a "Notas sobre el Individualismo y la sociología norteamericana de principios de siglo", *Sociológica*, año 5, núm. 14, pp. 311-321.

1990b "El evolucionismo en los orígenes de la sociología norteamericana", UAM-A, División de C. Sociales y Humanidades, *Reporte de Investigación # 11*, Serie II, Junio.

Mayhew, Bruce H.

1984 "Baseline models of sociological phenomena", *Journal of Mathematical Sociology*, Vol. 9, pp. 259-281.

Merton, Robert K.

1948 "The self-fulfilling prophecy", *Social Theory and Social Structure*, Free Press, Nueva York, 1968.

1949 "On sociological theories of the middle range", en *On Theoretical Sociology: Five Essays, Old and New*, Free Press, Nueva York, 1967.

Nadel, S.F.

1975 *Theory of Social Structure*, Cohen and West, Londres.

Nagel, E.

1961 *The Structure of Science*, Londres y Nueva York.

Odum, Howard W.

1951 *American Sociology: The Story of Sociology in the United States Through 1950*, Longmans, Green & Co., Nueva York.

- Ragin, Charles C. y Howard S. Becker (eds.)
 1992 *What is a Case? Exploring the Foundations of Social Inquiry*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Reiss, Albert J.
 1992 "Trained incapacities of sociologists", en Terence C. Halliday y Morris Janowitz (eds.), *Sociology and Its Publics: The Forms and Fates of Disciplinary Organizations*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 297-316.
- Runes, D.
 1981 *Diccionario de Filosofía*, Ed. Grijalbo, México.
- Schneider, Mark A.
 1983 *Culture and Enchantment*, University of Chicago Press, Chicago.
- Sibley, Elbridge
 1963 *The Education of Sociologists in the United States*, Russell Sage Foundation, Nueva York, 1963.
- Sobel, Michael E.
 1995 "Causal inference in the social and behavioral sciences", en Gerhard Arminger, Clifford C. Clogg y Michael E. Sobel (eds.), *Handbook of Statistical Modeling for the Social and Behavioral Sciences*, Plenum Press, Nueva York.
- Somerville, Mary
 1834 *On the Connexion of the Physical Sciences*, John Murray, Londres.
- Sorokin, Pitirim A.
 1941 *The Crisis of Our Age: The Social and Cultural Outlook*, E.P. Dutton, Nueva York.
- Starr, Paul
 1974 "The edge of social science", *Harvard Educational Review*, vol. 44, pp. 393-415.
- Stinchcombe, Arthur L.
 1994 "Disintegrated Disciplines and the Future of Sociology", *Sociological Forum*, Vol. 9, 1994, pp. 279-291.
- Swanson, Guy E.
 1960 *The Birth of the Gods*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Tukey, John W.
 1977 *Exploratory Data Analysis*, Addison-Wesley, Reading, Mass.
- Turner, Jonathan y Stephen Turner
 1990 *The Impossible Science: An Institutional Analysis of American Sociology*, Sage, Newbury Park, Calif.
- Walker, Henry y Bernard P. Cohen
 1985 "Scope statements: Imperatives for evaluating theories", *American Sociological Review*, Vol. 50, pp. 288-301.

Wallace, Wallace

1983 *Principles of Scientific Sociology*, Aldine, Nueva York.

Weil, Steven E.

1990 *Rethinking the Museum and other Meditations*, Smithsonian Institution Press, Washington.

Weisberg, Herbert F. y Charles E. Smith Jr.

1993 "The advent of dynamic graphics statistical computing", *Political Science and Politics*, Vol. 26, pp. 228-232.

Western, Bruce y Simon Jackman

1994 "Bayesian inference for comparative research", *American Political Science Review*, Vol. 88, pp. 412-423.

Whewell, William

1834 "On the Connexion of the Physical Sciences, by Mary Somerville", *The Quarterly Review*, vol. 51, pp. 54-68.

White, Harrison C.

1994 *Identity and Control*, Princeton University Press, Princeton.

Wuthnow, Robert

1987 *Meaning and Moral Order*, University of California Press, Berkeley.

Zerubavel, Eviatar

1991 *The Fine Line: Making Distinctions in Everyday Life*, The Free Press, Nueva York.

